



ANTOLOGÍA DE LA CIUDAD /2820

VOL. I

COMPILADOR
JOSÉ LUIS PEREYRA



Rodolfo A. Garcia
EDITORA

ANTOLOGÍA DE LA CIUDAD /2820

VOLUMEN I

COMPILADOR
JOSÉ LUIS PEREYRA



Rodolfo A. Garcia
EDITORIA

Pereyra, José Luis

Antología de la ciudad-2820 : I / José Luis Pereyra. - 1a ed. -
Guauguaychú : Rodolfo A. García Editora, 2022.

193 p. ; 20 x 15 cm.

ISBN 978-987-48801-1-6

1. Antología Literaria Argentina. I. Título.
CDD A860

Diseño gráfico y diagramación interior:

Andrés Camejo - Diseñador Gráfico

UBA - Universidad de Buenos Aires

Queda hecho el depósito que marca la ley N.º 11.723.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo escrito de la editorial y el autor.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
----------------------	----------

I ORÍGENES DE LA CIUDAD/2820

Fundación de Gualeguaychú, por Fray Mocho	13
La aventura del arqueólogo, por don Manuel Almeida	17
La tristeza del arqueólogo, por don Manuel Almeida	19
El patriarca de los pájaros, por Paulina Lemes	21

II EL PAISAJE Y SU GENTE

La vuelta al hogar, por Olegario Víctor Andrade	27
Humedal (Canción), por Paulina Lemes	31
Es tan alta esta loma, por Viqui Veronesi	33
El fuego no tiene raíces, por Vanesa Jara	35
X (Habitó esta tierra), por Emilita Villalba	37
Embarazada de primavera, por Emilita Villalba	38
Río río, por Susana Bugnone	39

III LAS LUCHAS

a) Contra las dictaduras:	
El cristiano y la cristiana	43
María Elena, hermana, por Susana Bugnone	46
Poeta, dictador y realidad, por José Luis Pereyra	48
Operación Rayuela, por Nerea Liebre	49
b) Por Malvinas:	
La espera, por Ismael Pradel	58
El vagabundo, por Amílcar Piccini	60

c) Las luchas obreras:	
01/05/1921 o cómo ser patriota matando obreros, por	
Darío Carrazza	66
De lo alto vinieron, por Martín Pucheta	75
d) Contra la violencia de género:	
Por Susana Lizzi Bertuzzi	
Fue aquí	78
A Micaela	81
Ni una menos	83
Las Lucías, por Carla Olivera	85

IV CIUDAD DE POETAS:

Por Pamela De Battista	
Arte poética II	91
Poema de la trenza	94
Ibas a llamarte Orfea (II)	96
Por Carla Olivera	
Querías ser poeta	98
La tera	100
El fondo de la olla	101
Por Melina Montenegro	
XIII	103
XIV	105
XV	106
XVI	107
XVII	108
Por Emilia Villalba	
XV	109
IX	111

Por Jimena Arnolfi Villaraza	
Entre la lluvia y el rayo	112
Estado de situación	113
La lentitud	114
Todo hace ruido	115
Objeción de conciencia, por Ernesto Enrique Siches	116
La consagración del poeta inválido, por Marcos Henchoz	118

V CIUDAD DE ENSAYISTAS Y NARRADORES:

De la ética y algunas cuestiones menores, por Luis Castillo ..	123
Historia de mujeres. Entre el olvido, su valoración actual y la necesidad de la interseccionalidad analítica, por Marcos Henchoz	128
Las muchas vidas de Juana, por José Luis Pereyra	134
70 años sin Eva, por Claudio Lencina	136
Vaquitas, por Sebastián González	138
“Uruguay”, por Sebastián González	142

VI MICRO RELATOS

El desquite y Descanso, por Fernando David Troncoso	149
Abrazo; Halloween; El disfraz, por Luis Castillo	150
Despertar y Mañana, por Luis Castillo	151

VII EL FÚTBOL

El Gabo la rompe, por Luis Luján	155
Déjenme en la biblioteca, por favor, por Martín Pucheta	162
Que lo tire Tatucita, por Oscar Blanc	165
El patadura de la familia por José Luis Pereyra	173

PRÓLOGO

El que tiene en sus manos, lectores, es el libro que a mí me hubiera gustado tener como herramienta en el aula. Entre 2004 y 2015, las bibliotecas escolares se poblaron de material de lectura, cientos y cientos de buenos libros llegaron a los colegios y todavía permanecen allí, pero ninguno de ellos refleja la ingente producción de los autores locales, los personajes, el paisaje, las luchas y la historia de Gualeguaychú. Así es que esta ANTOLOGÍA DE LA CIUDAD/2820 intenta remediar el vacío existente en las bibliotecas escolares y populares de este departamento entrerriano. Cuatro premisas me han guiado en la preparación de esta obra: a) utilidad pedagógica; b) calidad literaria; c) pluralidad de voces, de puntos de vista y variedad de textos; d) accesibilidad.

a) Utilidad pedagógica: Algunas fechas, preestablecidas en el cronograma educativo, tendrán textos para su lectura, por ejemplo, el 08 de marzo (día de la Mujer Trabajadora); 24 de marzo (día de la Memoria); el primero de mayo (día del Trabajo); 12 de octubre (día de los Pueblos Originarios)... También existen páginas que abordan temas imprescindibles en el aula, como la violencia de género, el bullying, la libertad, los derechos de la mujer, el compromiso político y el fútbol, porque no debemos olvidar que este es un año “mundialista” y no pueden faltar algunos cuentos sobre nuestro deporte favorito. Estuve tentado de realizar una guía de uso para esta Antología, sin embargo desistí porque, con ella, estaría imponiendo “mi” criterio y todo profesor debe hacer prevalecer el “suyo” frente a los alumnos. Al menos esta ha sido siem-

pre mi consigna como educador.

b) En lo que respecta a la calidad de los trabajos presentados, sólo basta con darle una ojeada al listado de autores que intervinieron y se citan al final. Muchos de ellos fueron premiados y ya son escritores consagrados otros, en cambio, recién comienzan a mostrar su potencialidad.

c) La pluralidad de voces y textos tiene que ver con el “juego” dialéctico que se establece entre distintos registros. Por ejemplo, los hechos ocurridos el 01/05/1921 están “vistos” a través de la poesía de Martín Pucheta y del ensayista Darío Carraza; el origen histórico de Gualeguaychú se aprecia en la leyenda imaginativa de Fray Mocho y la rigurosidad científica de don Manuel Almeida; Pamela De Battista y Carla Olivera “dialogan” en sus poemas sobre la vocación de escritora y la realidad como mujer; Jimena Arnolfi y Emilia Villalba nos hablan sobre sus hijas y la maternidad... La variedad de textos (ensayos, poemas, relatos breves y brevísimos), también conllevan variedad temática (filosofía, historia, literatura), lo cual permite el abordaje interdisciplinario o transversal de los textos. Quien piense que este libro es mera exclusividad del profesor de Lengua, está equivocado: aquí hay ensayos históricos, como el ya citado de Carraza o del profesor Marcos Henchoz, sobre las mujeres indias y negras en Gualeguaychú. También se incluye un artículo de opinión llamado *De la ética y otras cuestiones menores*, del calificado Dr. Castillo, que a mí, particularmente, me habría encantado usar para explicarles los principios de la ciencia ficción a mis alumnos (toda gran obra de C.F. suele involucrar una cuestión ética), pero que también se puede emplear en Filosofía o Formación Ciudadana.

d) Accesibilidad: Cada biblioteca escolar tendrá al menos un ejemplar de esta Antología de manera gratuita y cada alumno o

particular, podrá acceder a ella, en formato PDF, de manera libre y sin costo alguno. No sólo tendrá acceso a los textos que la integran, también podrá utilizar el material paratextual relacionado: canciones, videos, charlas y lecturas en vivo. Los cuales se irán subiendo a la página Web de la Biblioteca Popular Rodolfo A. García.

Con este proyecto, que hoy se hace realidad, creo ofrecer un medio legítimo para divulgar la producción literaria de la Ciudad/2820; un buen recurso didáctico para mis colegas docentes; también un libro ameno e interesante para cualquier lector que esté ajeno al ámbito escolar o de las letras. Porque aquí mismo, en estas páginas, hay deslumbramiento poético, risas, emociones, palabras para meditar y pensar en lo que somos como pueblo pujante, creativo e inquieto.

Agradezco enormemente al Municipio de la Ciudad de Gualeguaychú, al señor Intendente Esteban Martín Piaggio y a Sergio Troiano, quienes, a través del Presupuesto Participativo 2022, apoyaron esta propuesta educativa. También debo agradecer a la iniciativa del Dr. Héctor Luis Castillo y del Profesor Marcos Henchoz, quienes llevaron adelante la cruzada de los Libros de la Ciudad/2820, de la cual esta Antología no es más que desprendimiento y continuación. A la Biblioteca Popular Rodolfo A. García que, a través de su Editora, se hizo cargo de la diagramación e impresión del libro. Pero, por sobre todas las cosas, agradezco a todos mis camaradas escritores que, entusiasta y generosamente, adhirieron a este proyecto y enviaron sus trabajos, todos buenos, muchos de ellos inéditos, que ahora ustedes, estimados lectores, están a punto de disfrutar.

Profesor José Luis Pereyra

I

ORÍGENES DE LA CIUDAD/2820

Fundación de Gualeguaychú

Por Fray Mocho

Cae bajo los puntos de mi pluma —hechos más para relatos de crónicas y noticias que para filigranas literarias—, el nombre de aquel Gualeguaychú, pueblo de Entre Ríos, donde nacieron poetas de alto vuelo como Andrade y cantores de amor —dulces y apasionados— como Gervasio Méndez.

Revisando papeles viejos y hojeando mamotretos, me encuentro nada menos por ahí que con el origen de su fundación, y como es curioso y nada conocido, no me tiembla la mano para informar de él a aquellos que me leen de continuo.

Allá por los comienzos del año 1600, un rico estanciero, entre español y criollo, don Gonzalo Pérez de Viña, corría por los campos de Entre Ríos —desierto ya de indios pues que todos, peleando de bosque en bosque y de cuchilla en cuchilla, habían muerto sin rendirse—, en busca, según parece, de una mujer que era para su vida un horizonte y que, como por magia, había desaparecido de su lado. Eran costumbre de la época estas desapariciones misteriosas; pero nadie se conformaba a aquella moda.

A los diablos se daría don Gonzalo, según me parece, y el estado de su ánimo, hacía lo galopar desde el Guayquiraró al Ibicuy, sin notar que las leguas volaban bajo el casco de su caballo.

En una de sus excursiones, llegó el amante desesperado a cierto paraje desconocido que le encantó con su belleza.

Tras unas cuchillas suaves y de recorte caprichoso, garrapiñadas de bosques espesos formados, no tanto de plantas ricas en maderas cuanto lo eran en colores y perfumes, alcanzó las orillas de un arroyo que era todo una pintura.

Hallábase allí el hombre, mirando por dónde seguiría y arrobado en la contemplación de la naturaleza, cuando en hora malhadada antojósele cruzar el riacho para alcanzar la costa del Gualaguay que, según los rumbos que él traía, no debía distar mucho hacia el poniente.

Hombre de resolución, echó pie a tierra, dobló los cojinillos, aligeróse de ropas y, volviendo a cabalgar, penetró al riacho no tardando en perder pie.

Nadando con bravura y a fuerza de trabajo tocó al fin don Gonzalo la otra orilla, pero en mala hora.

Un toro cerril, que rezagado en la aguada pastaba a pocos pasos y no estaba habituado a la visión de jinetes y peatones, cuadróse bravamente, batióse el flanco con la cola en un ademán nervioso, escarbó el suelo con la pezuña, y del medio del remolino que formara, embistió hacia don Gonzalo, quien sin tiempo para más, abandonó su corcel y corrió a pie, seguido muy de cerca por el toro embravecido.

El momento fue terrible: caras más y el toro lo alcanzaba. El pobre perseguido, recordando que un hombre echado a muerto era siempre respetado del asta penetrante, tiróse de bruces en una depresión del terreno donde, aquí y allí, brotaban pajas y junquillos.

Llegó el toro, dio un bufido, escarbó el suelo, movió su cola con bravura y ya se disponía a reeditar su mímica espantosa cuando el hombre ve avanzar, por sobre su cabeza, la achatada y reluciente de una víbora terrible: el ñacaniná, la víbora celeste, hoy casi desaparecida, cuyo veneno es fama que “mata a quien alcanza”, según el dicho minuán.

Entre Scylla y Caribdis estaba don Gonzalo: levantarse era caer en las astas de su enemigo, dejarse estar era correr un albur de no

levantarse más. Optó por lo segundo, pero hombre religioso, juró que si se levantaba y escapaba con vida, elevara allí, en el lugar del peligro, una capilla a San José, el patrono de su casa y de los suyos.

Baja el toro la testuz, acerca su cabeza al enemigo y huele con fruición su cuerpo, pero la levanta con presteza, pues allí, donde cree no encontrar peligro alguno, se oculta una punzada que lo embravece: la víbora ha clavado en su nariz el colmillo agudo y venenoso.

Repuesto el toro, embiste nuevamente y otra nueva punzada lo obliga a retroceder... ¡Luego bambolea y cae jadeante!

Don Gonzalo, no bien lo ve vacilar, salta de su escondite y no tarda en recobrar su corcel, y jinete en él, viene a contemplar a su enemigo muerto y, más allá, a su salvadora que, enroscada a una rama, busca los últimos rayos del sol poniente para hacer relucir su armadura brillante y deslumbradora.

Años más tarde, don Gonzalo Pérez de la Viña cumple su promesa, y es alrededor de su capilla que el capitán Rocamora funda, en el siglo siguiente, a San José de Gualeguaychú.

*(De Salero Criollo, Buenos Aires, Editorial Tor S.R.L.,
1947, p. 47 a 51)*

(Elegí el texto para esta Antología por tres motivos: 1) Desde 2015, Gualeguaychú tiene su propia bandera. Ésta fue creada por Francisco Melchiori, quien la diseñó tomando como base el relato de Fray Mocho. 2) En él se cita a Olegario Víctor Andrade y a Gervasio Méndez, a quienes podrán leer más adelante. 3) También se mencio-

nan los pueblos originarios que poblaron esta zona. Nuestra historia no arranca en 1600, sino muchísimo tiempo antes. Los registros arqueológicos más antiguos que se estudiaron en el Museo Almeida y que se dataron con carbono 14, demuestran que los chanaes ya vivían en esta zona hace 2050 años atrás.)

(Además, debo aclarar que la leyenda o tradición redactada por el Mocho, a pesar de ser ingeniosa y entretenida, es absolutamente falsa, tal como ocurre con casi todas las leyendas. Según lo consultado con el profesor de Historia Marcos Henchoz, no existen registros biográficos sobre don Gonzalo Pérez de la Viña, el personaje, y si bien se relaciona a esta fábula con la actual capilla de los Antepasados, existieron con anterioridad otras dos: una en las proximidades del arroyo Lorenzo y la segunda en Yaguarí Miní, zona de Landa, edificada por los frailes dominicos como parte de la reducción indígena de chanaes y charrúas, grupo del cual derivaron, por mestizaje, los minuanes y yaros.)

(Uno de los gualaguaychuenses que más se ocupó en estudiar a nuestros abuelos indígenas fue don Manuel Almeida, amante de la arqueología, la docencia y los pájaros.)

La aventura del arqueólogo

Por don Manuel Almeida

Los pueblos de nuestra prehistoria solo pueden ser conocidos por su arte. He aquí el nudo gordiano de la arqueología: es más fácil describir un monumento o detallar la fisonomía de unas ruinas, que rescatar la intimidad de la vida de un pueblo, compuesta por esas cosas que proyectan un hálito de vida a los restos de su artesanía.

Nuestra aventura consiste en un intento por presentar a los indígenas como cultura y como pueblo. No los vamos a considerar como restos arqueológicos fosilizados. Queremos mostrarlos como se manifestaron: seres humanos sensibles, vitales, tan contradictorios en pensamiento y acción como somos nosotros.

La arqueología es una apasionante aventura. Las cortinas del tiempo se descorren y vemos cómo vivieron los hombres en los albores de la historia. Podemos compartir sus ensueños, su arte, sus empresas y también sus tragedias.

Los pueblos de nuestros antepasados indios tuvieron su momento en la historia y, luego, se perdieron en el pasado. Los que estamos empeñados en esa aventura de rescate queremos legar, a las generaciones del futuro, el precioso don del pasado. Ir al pasado es como es como un viaje hacia atrás en una máquina del tiempo. Apasiona el “tobogán” de la cuarta dimensión. Las ciudades antiguas cobran vida en nuestro entorno y, con ellas, todas las formas tangibles y visibles que conservan rastros de la actividad humana.

(...) Cuando introducimos las manos en la tierra en busca del monumento, sentimos que las enterramos en el tiempo y hasta en

el rumor del zapapico, hurgando en los estratos, nos parece percibir ecos de la actividad del hombre y el mismo bullicio de los pájaros se nos antoja un coro de voces infantiles que nos llega desde las entrañas de la tierra. Es la voz embrujada, el reclamo que “agarra”, atrae y da vértigos. Es el amor por la tierra lo que nos empuja con una curiosidad insaciable, un fervor sistemático y una paciencia inagotable en el afán de evocar la vida primitiva de los hombres que habitaron este suelo.

La enorme responsabilidad que hemos asumido en esta tarea de investigación, nos obliga a extremar a prudencia. El monumento encierra siempre un mensaje. Descubrir, interpretar, develar o traducir este mensaje es el principal objetivo en la investigación. Se han comparado los yacimientos prehistóricos con un libro, el libro del pasado, cuyas páginas serían los estratos portadores del monumento. Sólo pueden ser leídos a condición de destruirlo. Con cada estrato que se remueve para poner al descubierto lo subyacente, destruimos una página de la vieja historia, que ya nadie podrá leer jamás.

Exhumar el pasado es una conquista de la cuarta dimensión. El tiempo tiene sus conquistadores, tal como el espacio tiene los suyos. Es saludable retrotraerse en el tiempo y saber mirar el pasado. Mirar hacia atrás para recrearnos con las glorias (que las tuvimos), pero también para advertir los errores que se cometieron, para no repetirlos; para corregirlos y corregirnos.

Miremos con más devoción Hacia el pasado de América y busquemos allí inspiración, sustancia y fortaleza para recrear los perfiles de la vieja estirpe y rescatar los valores que servirán para completar y enriquecer el arquetipo que ofrecemos a nuestros hijos, a nuestros jóvenes y a las generaciones futuras.

La tristeza del arqueólogo

Por don Manuel Almeida

(...) La erosión del agua pluvial y el oleaje que castiga y deteriora las riberas de los ríos; la acción de los animales que excavan sus madrigueras en los sitios elevados; el tránsito de los mamíferos mayores y la acción del hombre con sus labranzas, desmontes, canales, caminos, terraplenes, puentes, defensas, etc. son las causas de mayor deterioro. En la actualidad (1980) ya han desaparecido total o parcialmente más de veinte yacimientos de los que aún pueden recogerse algunos restos dispersos durante las pronunciadas bajantes del río. (...)

Cabe aún agregar lo ocurrido en la zona de Ceibas, durante la construcción de la ruta 12, del Complejo Zárate - Brazo Largo, con su gran cantidad de puentes menores y viaductos de acceso. Numerosos fueron los yacimientos arqueológicos destruidos por las topadoras y excavadoras. Vanas resultaron las gestiones realizadas ante las autoridades para intentar salvar el material que se estaba destruyendo. Fue inútil golpear puertas. Todas nos fueron cerradas.

El ramal del camino que conecta la ruta 12 con la ciudad de Guauguay, a través de la zona de Médanos, está construido con los desechos de gran número de cementerios indígenas, donde los restos humanos fueron arrastrados por las topadoras, dispersados e incorporados a los terraplenes.

Es sin duda esta destrucción, el más grave atropello cometido en el país en perjuicio de nuestro viejo patrimonio cultural. Como si no hubiera bastado el más grande genocidio cometido en América, cuando fueron inmolados más de cincuenta millones de indígenas,

aún se contempla la brutal afrenta y violación de los derechos del hombre, con la profanación de tumbas y la destrucción de monumentos, hecho perpetrado por las empresas obradoras, ante la indiferencia cómplice de los organismos estatales, en un total desprecio por el acervo nacional.

(Los dos artículos precedentes, escritos por don Manuel Almeida, fueron transcriptos por Paulina Lemes, alumna y biógrafa, en CONTAME, DON MANUEL, UNA VEZ MÁS. Una mirada personal sobre los textos publicados por Manuel Almeida. 1ª ed.

– Colón: Birkat Elohim, 2013, p. 42 y 43; p. 46 y 47.)

(Cuenta Paulina Lemes que don Manuel vivía consustanciado con la naturaleza y era una especie de patriarca de los pájaros, pues les daba de comer de su propia mano.)

El patriarca de los pájaros (canción)

Por Paulina Lemes

Nadie quedó para contar el cuento...
sólo tu voz emponchada en misterio.
Coro de alas, voces del monte virgen
delataban la masacre y el miedo.

Ollitas pobres enlutadas amasan
la verdad escondida en los pajonales.
Humedad de bañados y un solo empeño:
desenterrar olvidos y milagros.

Y el patriarca de los pájaros
se mece en su silla vieja,
atiza el fuego incansable
de su voluntad de piedra
y observa las llamas lentas
como si las conociera
y en el Cristo de mi raza doliente,
se tambalea.

Su bastón, macho a la fuerza,
lo sostiene, lo alimenta.
Allá va mi abuelo indio
acariciando sus piernas
y en un abrazo de tiempo
le besa tantas dolencias
y en las llagas del destierro

y en las llagas del destierro
los dos se alejan, se alejan...

De la raíz del tiempo cae tu voz.
Cuentas tiempos felices que ya no son.
Tu encrucijado bagaje de certezas
documenta tormentos que tienen dueño.

Hablar de vos es grande y estas palabras
se diluyen, se esfuman avergonzadas.
De tu perfil severo destilas mieles
y acaricias el barro de mi pasado.

Y el patriarca de los pájaros
se mece en su silla vieja,
atiza el fuego incansable
de su voluntad de piedra
y observa las llamas lentas
como si las conociera
y en el Cristo de mi raza doliente,
se tambalea.

Su bastón, macho a la fuerza
lo sostiene, lo alimenta.
Allá va mi abuelo indio
acariciando sus piernas
y en un abrazo de tiempo
le besa tantas dolencias
y en las llagas del destierro

los dos se alejan, se alejan...

Se alejan...

Se alejan...

(Canción: letra: Paulina Lemes (Cambá), Música: El Oscuro y el
Flautista de Hamelin alaspau@gmail.com)

II

EL PAISAJE Y SU GENTE

La vuelta al hogar

Por Olegario Víctor Andrade

Todo está como era entonces:

La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas,
Y las ramas con sus nidos.

Todo está, nada ha cambiado,
El horizonte es el mismo;
Lo que dicen esas brisas
Ya, otras veces, me lo han dicho.

Ondas, aves y murmullos
Son mis viejos conocidos,
Confidentes del secreto
De mis primeros suspiros.

Bajo aquel sauce que moja
Su cabellera en el río,
Largas horas he pasado
A solas con mis delirios.

Las hojas de esas achiras
Eran el toscó abanico
Que refrescaba mi frente
Y humedecía mis rizos.

Un viejo tronco de ceibo
Me daba sombra y abrigo,
Un ceibo que desgajaron
Los huracanes de estío.

Piadosa, una enredadera
De perfumados racimos
Lo adornaba con sus flores
De pétalos amarillos.

El ceibo estaba orgulloso
Con su brillante atavío,
Era un collar de topacios
Ceñido al cuello de un indio.

Todos aquí me confiaban
Sus penas y sus delirios:
Con sus suspiros las hojas,
Con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde
La última vez que nos vimos!
Tan solo cantaba un ave
En el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
Sus más dulcísimos himnos,
¡Pobre zorzal que venía
A despedir a un amigo!

Era el cantor de las selvas,
La imagen de mi destino,
Viajero de los espacios,
Siempre amante y fugitivo.

¡Adiós! Parecían decirme
Sus melancólicos trinos;
¡Adiós, hermano en los sueños,
Adiós, inocente niño!

Yo estaba triste, muy triste,
El cielo oscuro y sombrío;
Los juncos y las achiras
Se quejaban al oírlo.

Han pasado muchos años
Desde aquel día tristísimo;
Muchos sauces han tronchado
Los huracanes bravíos.

Hoy vuelve el niño, hecho hombre,
No ya contento y tranquilo,
Con arrugas en la frente
Y el cabello emblanquecido.

Aquella alma limpia y pura
Como un raudal cristalino
Es una tumba que tiene
La lobreguez del abismo.

Aquel corazón tan noble,
Tan ardoroso y altivo,
Que hallaba el mundo pequeño
A sus gigantes designios;

Es hoy un hueco poblado
De sombras que no hacen ruido,
Sombras de sueños dispersos,
Como neblina de estío.

¡Ah! Todo está como entonces,
Los sauces, el cielo, el río,
Las olas, hojas de plata
Del árbol del infinito;

Sólo el niño se ha vuelto hombre.
¡Y el hombre tanto ha sufrido
Que apenas trae en el alma
La soledad del vacío!

(Extraído de *Obras completas de Olegario V. Andrade*, 1ª ed. Buenos Aires: Senado de la Nación, Secretaría Parlamentaria, Dirección de Publicaciones, 2007, p. 264 a 266)

Humedal (canción)

Por Paulina Lemes

Dorado el medanal...
la tierra un salitral...
porque este suelo fue el fondo del mar.
Arriba el albardón,
abajo el pajonal,
ondula su extensión el humedal.

La piel, puro verdor...
la entraña, un arenal...
la sangre bulliciosa de ceibal.
Vaivén y ondulación,
secretos de agua y sal
porque este suelo fue el fondo del mar.

Quiero hundirme despacio en tu esplendor
con volados de albardones arenosos
y un pasado de tul blanco de ilusión
desde un fondo turbulento en erupción.

Perfumaron los vientos del ayer
revolcones de agua y fuerza, puro impulso
que escaparon como novia del altar
dibujando tus paisajes, humedal.

Cuando el tiempo llegó
-el de decir adiós-
el mar se fue escurriendo y nos dejó.
Jamás se resignó,
luchó hasta el final,
clavando uñas de viento y cristal.
La barranca mordió
hasta ya no dar más.
pero hay gritos que se hacen escuchar.
Y contra voluntad,
y contra corazón
se retiró por siempre y no volvió.

Recitado:

Hoy las llamas lamen tu debilidad
tu riqueza amenazada por el hombre
ambiciones que se tragan el futuro
y la conciencia susurrando para nadie.
Rojo donde había tanto verde...
muerte donde había tanta vida...
y lo que se construyó en milenios
reducido en pocas horas a cenizas.

(Canción: letra: Paulina Lemes (Cambá), Música: El Oscuro y el Flautista de Hamelin alaspau@gmail.com)

Es tan alta esta loma

Por Viqui Veronesi

Es tan alta esta loma
que el viento sur se paspa de chiflar.
se apuna el segundero
y todo lo marca el ciclo de las flores silvestres.
es tan vieja esta loma
que hace millares de lunas llenas
el mar se desgredaba en este ventanal.
su raudal fue desistiendo de estas tierras
arriaron su cresta en cada aurora
para que encallara el destino
horadando cauces de agua dulce con dientes de sable.
la sal de antaño maceró el gemido
de mujeres chaná pariendo al fuego.
las oigo subir cantando en cada fiebre
salpicando sus regazos de cacharrerías
la osamenta les refulge algunas noches
si acaso es nítida esta loma
cuenca abajo el arroyo es un surquito marrón
ladeando la gigantesca curiyú.
el síncope será reparar en su pellejo secándose.
sólo habrá lágrimas para regar los intentos.
¿quién percibirá regresar el mar a este hueco?
la luna nueva lo amansará en chamarras

y no habrá sombra del ñandubay que envidiamos ser.
el canto resistirá como sudestada recién parida
acorralará el tiempo contando con voz de luna vigía
tallando con esos huesos aparecidos
el lienzo infinito de la memoria.

(*De Aterrizaje de emergencia. La boca semillada*, 1ª ed. 2da. reimp.
Gualeguaychú, Editorial Palo Santo, 2022, p. 46 y 47.)

El fuego no tiene raíces

Por Vanesa Jara

(Escrito durante los incendios en el delta del Paraná)

Su mano escamada se posa sobre la mía.
Tiene el miedo en los ojos pardos.
Habla y convoca
zorros y corzuelas,
cardenillas y colibríes.
No alcanza la sombra del curupí
para que su brillo de luna blanca y montuna no me encandile.
Ha huido de su guarida, estriando el camalotal.
Redondean el viento los caranchos.
Un poncho de cenizas le cubre la espalda
Toma con sus dedos la miel que le acerco.
Me trae una ofrenda de malvas y vainas de ceibos.
Balbucea algo su boca verde de algas y repite una quimera...
"El fuego no tiene raíces." "El fuego no duerme en las cuevas."
"El fuego no entra en los ojos del alicucú."
Dulce y anciano río que galopa desde su lecho hasta mis pies
y llora su congoja,
su insomnio de padre desvalido ...
Con ojos de luciérnaga me observa
y se aleja remolineando.
—Para que el monte se orille y no se vuelva hoguera, las vainas.

—Para que no quemen las palabras en tu boca,
agua de malva—, me dice.

Oigo desde lejos, esta quimera. "El fuego no tiene raíces." "El
fuego no duerme en las cuevas." "El fuego no entra en el ojo del
alicucú."

(Extraído desde su muro de Facebook)

X (Habito esta tierra)

Por Emilita Villalba

Habito esta tierra
Donde siguen mis antepasados.
No me obligo a repetir su historia
Solo la habito como queriendo
De algún modo protegerla.

Recuerdo que la herencia
No siempre es lo que uno quiere.
Pienso en los infinitos nombres que me precedieron
Arrastrando toda la locura en la sangre

Pienso en mis venas estallando
Llenas de ese líquido rojo.
Un borbotón violáceo ramificado.

Habitaré esta tierra
Como se habita la esperanza,
porque es mía
Y nadie puede oponerse a eso.

(De *En el corazón del patio*, 2021, Editorial Palo Santo, p. 62)

Embarazada de primavera

Por Emilita Villalba

Quiero estar embarazada de primavera

Ser exuberante

Colmada

Repleta

Toda hecha de rocío

Viajar por el viento

desprendiéndome parte a parte

Estar llena del perfume de las flores

Ser polen en un pétalo nacido

del canto de un zorzal

Desbordarme en el aire como molécula

Tener los pies hundidos en la tierra

y los brazos como ramas

Las manos cargadas de frutos.

El cuerpo lleno de azahares

Los ojos rodeados de luz

Ser la somnolencia que abraza el paisaje.

(Poema inédito, cedido para esta Antología.)

Río río

Por Susana Bugnone

Este río que ciñe mis nostalgias
asume su papel de travesía
en espumas de tiempo
roza el corazón
y pasea el regusto de los sueños
de la niña que muere
de la mujer que nace.

Fluir de la vida
hilo de carne
atado a mis memorias.

Mis ansias bordean las orillas
de canoas, de ceibos,
de poesías
del amor que se asoma
en medio de la siesta.

Donde la tierra enseña su matriz
y el túnel de la vida
surge del hueco de los sauces.

(De Flotar, 100 poemas, 100 poetas argentinos /Autorxs varixs;
compilado por Ferny Kosiak
1ª ed compendiada, Paraná, Bicéfalo, 2020, p. 95)

III

LAS LUCHAS

A) CONTRA LAS DICTADURAS MILITARES

El cristiano y la cristiana

El 6 de diciembre de 1977, a la medianoche, un operativo de las Fuerzas Conjuntas integrado por aproximadamente 70 hombres, según la versión de los vecinos, rodeó la casa de Marta Elsa Bugnone Cepeda y de Jorge Ayastuy, su marido. Se habían casado en 1974, en Rosario, ella era psicóloga y él, Licenciado en Química. Ambos trabajaron juntos en la Villa San Francisquito, alfabetizando y conformando una cooperativa para que la gente pudiera pagar los terrenos que ocupaban. Luego se radicaron en Buenos Aires, los dos militaban social y políticamente para el PCML (Partido Comunista Marxista Leninista). La noche del operativo y temiendo por la vida de Matías, el hijo de ambos, Marta lo dejó en casa de una vecina.

Los militares secuestraron a la pareja. A las pocas horas volvieron a Martín de Gainza al 900, desvalijaron el departamento y se robaron el auto. El personal militar hizo firmar un acta a los vecinos Ricardo Nemit y Ángel Podestá y precintó la puerta del departamento con una franja que decía: “Regimiento La Tablada. Área Palermo – Capitán Sánchez”. Y en esta segunda incursión, se llevaron a Matías, quien apenas tenía nueve meses.

Los padres de Marta Elsa viajaron hacia Buenos Aires para buscar a su nieto, también desaparecido. Lo encontraron, después de 17 días, en la Casa del Menor y la Familia. Ya lo habían dado en adopción, pero ésta no se pudo concretar porque Matías estaba enfermo. En el hospital, le habían dicho al abuelo que el niño

había sido encontrado “en la vía pública”. El 23 de diciembre lo trajeron de regreso a Gualeguaychú. Otra de las hermanas, Estela Bugnone y su marido, Guillermo Almeida, se hicieron cargo del bebé.

Por testimonios, luego se supo que, al momento del secuestro y posterior desaparición, Marta estaba embarazada. Se desconoce si esta gestación llegó a término. Ante la incertidumbre, Abuelas de Plaza de Mayo y Matías, ya adulto, no descartaron la posibilidad de que Marta haya dado a luz en cautiverio y que sea otro niño/a apropiado, por lo cual su búsqueda todavía continúa.

Los Bugnone Cepeda golpearon todas las puertas tratando de encontrar a sus dos hijas desaparecidas, Marta Elsa y María Elena (ésta capturada meses después que Marta, en Morón, provincia de Buenos Aires, el 25 de mayo de 1978), a sus yernos y al otro nieto nacido en prisión. Los militares negaron los hechos. Se supo, a partir de la investigación de la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas), que Marta y Jorge estuvieron en los Campos de Concentración llamados “Club Atlético” y “El Banco”.

Testigos declararon que el matrimonio Ayastuy – Bugnone no perdió la fe ni la esperanza. Cantaban con la guitarra en los momentos que podían, para aliviar las penas de la tortura. Por ese motivo les decían “el cristiano y la cristiana.”

A los treinta años, Matías Ayastuy reconstruyó la vida militante de sus padres, con testimonios que luego entregó al periodista y escritor rosarino Carlos del Frade. Éste escribió un libro y lo publicó en 2008, se llama “*Marta y Jorge, un amor revolucionario.*” Dijo Matías: “Es un homenaje que quise siempre hacerle a mis viejos y, en ellos, a todos los de su generación.”

Matías Ayastuy se presentó como querellante en la Causa del I

Cuerpo del Ejército, Juicio del Circuito ABO. El 21/12/2010. Dieciséis represores que operaron en estos tres Centros Clandestinos de Detención fueron condenados por la Justicia por Crímenes de Lesa Humanidad. Doce de ellos, con Prisión Perpetua.

(Extraído y adaptado del libro *Trazos de Vida. Detenidos-Desaparecidos de Gualedguaychú ¡PRESENTES!, en la memoria viva y el corazón de su pueblo*. Proyecto, archivo, recopilación y redacción: Madres de Plaza de Mayo Gualedguaychú, impreso por el Gobierno de la Provincia de Entre Ríos, Editorial 5 Tipos, 2da edición, 2018, p. 22 a 25.)

María Elena, hermana

Por Susana Bugnone

Mi memoria va perdiendo
tu rostro de niña adulta.

Te busco
en la huella pequeña que dejaste olvidada
sobre la arena blanca de la isla,
en el dulzor morado de siete cuchicheos
salpicando la siesta,
en el collar de flor de paraíso,
o en tus dientes de leche
hincados en la pulpa del membrillo,
en tu espanto de niña por los tres hombres rojos
jinetes de la noche,
en el destello de compartida luna
erizando las aguas.

Tu nombre sobrevuela herido
en el aroma de las madre selvas
en las raíces roncadas de los sauces,
hace nido en mi pecho
de mujer adulta.

(Extraído de Facebook, del 24/05/2020, donde fue publicado con este

breve enunciado: “Hoy se cumplen 42 años del secuestro y desaparición de mi hermana María Elena, llevado a cabo por Fuerzas de Seguridad, práctica que era común en épocas del terrorismo de Estado, entre los años 1976 y 1983.”)

Poeta, dictador y realidad

Por José Luis Pereyra

“Del otro lado de la reja, está la realidad; de este lado de la reja, también está la realidad. La única irreal es la reja.”

Eso fue lo que dijo Francisco Paco Urondo cuando estaba preso, poco antes de desaparecer. Pero había alguien que no estaba de acuerdo con Paco: el dictador que entonces gobernaba nuestro sufrido país. Videla pensaba que, quienes desaparecían durante su mandato, tampoco eran reales, “no existen, no tienen entidad” — había dicho en un célebre discurso, intentando ocultar sus horrendos crímenes—. Para el gran desaparecedor, Urondo era tan irreal como la reja de su poema. Pero, cada día, la irrealidad se supera a sí misma. Cuando el dictador murió, ningún cementerio quiso albergar sus restos, lo enterraron de noche, en un lugar secreto, por temor a las represalias de quienes recordamos con ira. Ninguna lápida lleva su nombre. Él también desapareció, ya no existe, no tiene entidad.

(De *El papá de Magdalena y otras historias para ablandar la mano*,

Ediciones del Clé, 2017, p. 95)

Operación Rayuela

Por Nerea Liebre

Ya lo habíamos hecho antes, pero cada vez que llega la fecha indicada los nervios me carcomen. Me rasco la barba, una semana sin afeitarme y la picazón es insoportable, pero el personaje lo requiere.

Es un día gris en el conurbano, no podía ser de otro modo. Me detengo un segundo y mando un mensaje de *WhatsApp* al grupo “Operación Rayuela” que dice: Comienza el operativo.

Camino a paso ligero la última cuadra antes de llegar a la casa de mi madre en el barrio de Ciudadela. Mis hermanos y yo habíamos vivido allí toda la vida hasta terminar la secundaria.

Bajo el brazo cargo un ejemplar de 1976 del diario donde trabajo. Donde también trabajó mi madre a principios de la década de los setenta.

Ella era taquígrafa, yo soy periodista.

Me escaneo el atuendo por última vez. Llevo un vaquero Oxford, una camisa ajustada y anteojos de sol.

Veo el viejo Peugeot 404 de mi hermano estacionado en la puerta. Hago sonar el timbre y meto las manos en los bolsillos porque, a pesar de mediar el otoño, están sudadas.

Dos segundos tardan en abrirme. Un aroma a café con leche y tostadas me invade. Habíamos quedado en que todo debe ser rápido tal cual lo planeado.

—¡Es Cortázar! —anuncia mi hermano en voz baja a quien espera adentro.

Mi madre está sentada en una banqueta en la cocina, se mece hacia adelante y hacia atrás con las puntas de los pies, sus ojos se

clavan en los míos.

—¡Hola, Walsh! —Le digo, ella apenas dibuja una sonrisa. Vuelvo hacia mi hermano— ¿Benedetto, listos para partir?

—¡Sí!

Los tres nos dirigimos al coche estacionado en la puerta. Benedetto ha pegado una calcomanía de una banda local en el parabrisas trasero del Peugeot. Pongo los ojos en blanco para mostrarle mi disgusto, el encoge los hombros.

El auto arranca luego de tres intentos y partimos rumbo a la Ciudad de Buenos Aires. Yo me acomodo junto a Walsh en el asiento trasero. Ella, con los dedos entrelazados, comienza a repetir los nombres en clave.

—Cortázar, Benedetto, Puig, Conti, Borges, Saer y Walsh. Cortázar, Benedetto, Puig, Conti, Borges, Saer y Walsh...

Aferro su mano y le explico lo importante que es resguardar la identidad detrás de esos apodos. Me dice que lo entiende y hace silencio.

Tenemos un trecho largo hasta la antigua sede del periódico en la que mi madre trabajó. No evito mirarla de reojo. Sus labios han desaparecido en un fuelle de arrugas. Una lámina blanca cubre sus ojos.

Mis lágrimas quieren saltar al vacío, pero inhalo y contengo la respiración para evitarlo. Es importante que todo salga perfecto.

Media cuadra antes de llegar al cruce de avenida Rivadavia y General Paz, veo a Puig parado en una esquina con un maletín en la mano. Cuando nos divisa se quita la campera, la arroja a un costado y queda vestido con un uniforme de policía.

Mi hermano detiene el coche frente a él. Éste se arrima y espera a que Benedetto baje el vidrio de la ventanilla con la manivela.

—Soy Puig. ¡Este es el maletín —susurra y lo mete por la ventanilla— en la madriguera les darán más instrucciones!

Los tres que viajamos en el automóvil asentimos y continuamos la marcha. Benedetto cada tanto mira por el espejo retrovisor buscando mis ojos. Yo no respondo, no tengo nada que decir.

Walsh por su parte, observa el exterior, macera su mirada. Sus ojos cataratas se preparan para la transformación. Sus manos frotan el largo de su falda y vuelven a juntarse palma con palma. Busca calma, sospecha lo que se avecina.

Tardamos casi cincuenta minutos en llegar a la intersección de la avenida Juan de Garay y Azopardo. Estacionamos en la puerta de la madriguera y entramos a paso ligero.

Es un reducto de principios de los años sesenta que aún se mantiene en pie. Se ingresa por un pequeño portón y cuenta con la cualidad de poseer una puerta trasera que da al patio del viejo edificio, donde supo trabajar mi madre.

El periódico se mudó diez años atrás, ahora ocupa un nuevo edificio en la zona del Congreso.

Apenas un rayo de luz entra por una ventana tapiada. El lugar se ve abandonado, el piso es resbaloso, de tierra y el olor a humedad resulta insoportable. No hay mobiliario, solo tres banquetas de plástico y unas bolsas negras en un rincón.

Entre sombras nos esperaban Conti, Borges y Saer. Los tres se presentan con sus apodos, nosotros con los nuestros.

Saer lleva un sombrero de ala ancha que apenas le deja asomar el rostro. Enseguida le ofrece una banqueta a Walsh. Mi hermano y yo nos quedamos de pie.

Conti camina de lado a lado, fuma y hace preguntas sobre un supuesto asalto a una armería, tiene un revolver calzado en la

cintura. Borges, cuyas ojeras parecen un colchón inflable, responde de mala gana y se frota la cara.

Finalmente, Saer nos explica que la Operación Rayuela es súper secreta, que se viene diagramando hace meses y se concretaría ese mismo día en diferentes puntos del país. Por esa razón habían seleccionado a los más avezados.

Desenrolla un mapa de la República Argentina sobre el que han dibujado con fibra una rayuela y lo extiende sobre la tierra.

—Uno, Santa Cruz. Dos, Chubut, Tres, Río Negro. Cuatro y cinco, Mendoza y Buenos Aires. Seis, Córdoba. Siete y ocho, La Rioja y Corrientes. Nueve, Santiago del Estero. Diez, el estallido final... —Saer moja sus labios con la lengua—, ¡Jujuy!

Borges se levanta de la banqueta y se dirige a mí:

—Como su libro, Cortázar, que puede ser leído en orden o de modo salteado. La Operación Rayuela se desarrollará según el criterio de cada escuadrón —va pasando su dedo índice por los números del mapa—. Ustedes eligen a qué hora hacerlo, siempre que se ejecute hoy.

Asentimos. Por el rabillo del ojo veo que Walsh respira con dificultad.

—Ya recogieron la valija como se les indicó... —Conti mira la mano de mi hermano— ¡aquí están sus instrucciones y la ubicación!

Nos entrega un papel que Benedetto y yo desplegamos. Walsh se levanta de la banqueta para leer también.

Nos habían adjudicado la provincia de Buenos Aires, la estación cinco de la rayuela. En el papel habían anotado una dirección.

—Es la calle de una comisaría —comenta Walsh con los ojos bien abiertos y todos quedamos en alerta—, en el partido de La Matanza.

Mi madre ha reconocido la ubicación, yo no sé si eso es bueno o malo. Conti y Borges se miran preocupados. Conti enciende un segundo cigarrillo con la brasa del primero.

Pero eso no es todo, se apresuran a entregarnos tres pequeñas píldoras envueltas en papel.

—Son pastillas de cianuro —prosigue Conti e imparte órdenes más nervioso que al principio—. Si los atrapan ya saben qué hacer.

El olor a cigarrillo se mezcla con el de humedad y me provoca náuseas. Estoy ansioso por abandonar ese lugar de una vez por todas.

—Si sobreviven a la operación deben guardarse un tiempo largo, unos cinco o seis meses ¿se entiende? —Saer da la última instrucción asomando apenas sus ojos por debajo del ala del sombrero— ¡Nada de salir a la calle, nada de hacer nuevos amigos, nada de hablar con vecinos, nada de nada! ¡En sus casas, quietitos! ¿Alguna duda?

Los tres negamos, estrechamos sus manos y partimos hacia el coche aún con la maleta en nuestro poder.

Miro a Saer por última vez, hay un brillo en sus ojos huidizos, anegados.

Igual que los míos.

Cuando Benedetto ocupa el asiento del conductor suspira aliviado, yo hubiese hecho lo mismo pero no quiero alarmar a Walsh. Para nosotros lo más difícil ha quedado atrás, a ella aún le falta hacer su parte.

Mi hermano conduce hacia el partido de La Matanza. Cada vez que pasamos delante de un destacamento policial nos pide que nos ocultemos y eso hacemos.

Walsh solo habla para pedirnos la maleta, la coloca en su regazo

y la acaricia durante el trayecto. Le advierto en varias oportunidades que no haga movimientos bruscos, que sería peligroso.

Asiente, siempre mirando hacia afuera.

El Peugeot 404, que supo ser de mi padre, tiene pasacasete. Aún conservamos la cinta de Jorge Cafrune, que tanto le gustaba escuchar cuando íbamos a cazar a Cañuelas. Benedetto hace sonar Luna Cautiva para acallar el sonido que provoca el aspirar sus repentinos mocos.

Una cuadra antes de llegar a destino detenemos el coche. Yo no quiero dilatar más la cuestión porque el corazón se me retuerce en el pecho y digo:

—Es fácil, Walsh, caminás por la vereda opuesta sin voltear, dejás el maletín dentro del cesto de basura que está frente a la puerta de la comisaría y seguís la marcha. Nosotros te recogemos en la esquina siguiente y nos vamos.

Ella baja del auto y camina erguida, como si fuese su última peregrinación. Benedetto rompe en llanto, peor que la última vez que lo hicimos. Yo no puedo contenerme más y también lloro. ¡Madre mía!

Cuando ella está llegando a la puerta de la comisaría, nuestro auto avanza muy lento.

Walsh cumple con su parte, jamás voltea y arroja el maletín en el cesto de basura que Saer ha dispuesto con ese fin. Y continúa con la entereza que, solo alguien que no le teme a la muerte, logra mantener.

Nosotros la alcanzamos en la siguiente esquina. Tiembla cuando vuelve a subir al auto.

Yo recién puedo soltar mi suspiro de alivio al voltear y ver, a través del parabrisas trasero, cómo Puig sale de su escondite,

desengancha el cesto de basura y lo lleva consigo.

Levanto el pulgar para que mi hermano vea por el espejo retrovisor que la Operación Rayuela ha vuelto a ser un éxito. Inclina la cabeza al verse anoticiado.

No es fácil para ninguno de nosotros sobrellevar la enfermedad de mamá. El alzhéimer, una enfermedad progresiva que afectó su memoria desde hace ya unos años, le quitó sus recuerdos recientes. Los de las últimas décadas.

Enfermedad mezquina, teniendo en cuenta que los recuerdos de un anciano son el bagaje más importante de su existencia. El consuelo antes de la muerte.

No sabe quién soy yo, ni quiénes son mis hermanos.

Y en sus principales desvelos, ella despierta a los fantasmas que la acompañaron esa tarde de 1977, cuando un grupo de delegados gremiales del periódico en el que trabajaba se reunieron para concretar la dramática Operación Rayuela.

El más afectado fue mi hermano mayor, Nicolás, o cómo le llamamos en cada puesta en escena: Saer. Él fue testigo de esa operación. Un contratiempo surgido a último momento hizo que mi madre tuviera que llevarlo.

Ella nos lo relató una y otra vez cuando éramos más chicos. Nicolás, al llegar a la madriguera, tenía tan solo ocho años y también le adjudicaron un nombre en clave. El mismo que elige para nuestras simulaciones.

Creo que guarda la esperanza que mamá lo reconozca, se dé cuenta que es su hijo. Pero no.

Cada vez que llega la farsa del Operativo Rayuela, mamá se pone nerviosa, hace su parte y se manda a guardar. Ése es el objetivo primordial.

Hace tres años se escapaba de casa, caminaba perdida durante horas, de día o de noche, descalza, al frío. Nosotros como locos recorríamos hospitales, albergues, hacíamos denuncias en la comisaría por desaparición de persona.

Pasaban días de angustia. Una vez casi un mes. La encontrábamos con los pies lastimados, deshidratada, sin pertenencias.

Contratar una mujer para cuidarla no resultó. Mamá se enojaba, gritaba y pedía por los que ya no están.

Pedía por Benedetto, un ilustrador de humor político en una época donde la ironía era decapitada y colocada en una pica. Hoy lo interpreta mi hermano.

Pedía por Saer, un hijo de 8 años llamado Nicolás que quedó atrapado en el tiempo. Y aunque hoy ya pasó el medio siglo de vida y tiene un nieto de esa edad, lo revive en cada operación.

Pedía por Conti, un columnista desaparecido en la época del proceso. Mi tío Ariel, hermano de mamá, a pesar de la artrosis, se encarga de resucitarlo en nuestras farsas.

Pedía por Puig, un ordenanza del periódico que apareció dentro de un barril de cemento en el Delta Entrerriano, víctima de los vuelos de la muerte. El que nos da una mano con la personificación es un vecino de confianza, de toda la vida.

Pedía por Borges, un periodista que escribió una nota defenestrando a un militar de alto rango y murió por las torturas infligidas en la Escuela de Mecánica de la Armada a fines de los setenta. El propio hijo del periodista siguió sus pasos y hoy es mi compañero de trabajo. Se ofreció de muy buena gana a interpretar su rol.

Pedía por Cortázar, un escritor que publicaba crónicas en el periódico y terminó en el exilio. Ya falleció, pero yo intento revivirlo para aplacar el dolor de mi mamá.

Así, con nuestra representación, intentamos que ella escape de ese hecho que la atrapó tantos años atrás y se la tragó viva. Y con las órdenes estrictas de Saer que repite antes de bajar el telón, logramos volver al conurbano y, por varios meses, permanecer en casa, cumpliendo su rol de Walsh.

Agazapada. Esperando no ser descubierta por nadie. Siguiendo las noticias en los periódicos de la época que yo me ocupo de imprimir en mi trabajo.

Hasta que todo se vuelve a borrar, otra hoja en blanco y debemos empezar de nuevo. La Operación Rayuela renace, lo mismo que Borges, Conti, Saer, Cortázar, Benedetto, Walsh y Puig.

Tengo una mamá de setenta años, que no puede prestar batalla a la enfermedad que le arrojó ácido a sus recuerdos. Pero también tengo una mamá joven, idealista, que creyó que podía cambiar el mundo.

¿Cómo no vamos a ayudar a que lo siga intentando?

(De *Antología Entre Orillas*, 2021)

B) POR MALVINAS

La espera

Por Ismael Pradel

El frío parece colmar las fronteras de este páramo.
Pronto la noche mirará con sus luces
esos rostros sin horizonte
que emana o esconde la tierra.
¡Hay tiempo, aún hay tiempo!,
canta adentro un pájaro rojo.
y el pájaro sale,
se vuela,
vuelve a ese arrabal,
a esa puerta, a esas manos que son el hogar y la patria.
Vuelve y volverá.
¿Volverá?
¿Traerá en su pequeño pico un trocito de pan?
¿Traerá el beso de una madre,
vendrá con aroma a patio,
con el sol en sus alas?
Aquí o allá, la vida
no es más que este instante atroz, la espera...
mientras sabemos que esta noche
habrá quienes ya no esperen,
quienes ya no sepan
si al amanecer

sobre la copa de los fusiles
un pájaro rojo
nos anuncia
la paz.

(Inédito para esta Antología.)

El vagabundo

Por Amílcar Piccini

“ ¡Ahí viene de nuevo! ¡Cansado me tiene este negro de mierda. Que agarre una pala si quiere comer!” Las exclamaciones solían recorrer la cocina del local, entre portazos e insultos. Javier, mi jefe se enardecía cada vez que aparecía el vagabundo con su característico andar cansado y con la cara mugrienta propia de las personas que viven en la calle. Ese día le entregó un puñado de papas fritas y le dijo algo que, por accidente, llegué a escuchar y que no olvidaré jamás: “Que sea la última vez que me venís a joder o te juro que la próxima, llamo a los milicos.”

El restaurante, donde yo cubría los francos y las vacaciones de los empleados fijos, estaba ubicado en un opulento barrio de La Plata. El sueldo no era bueno, pero al menos me servía para cubrir gastos personales y pagar la infinita cantidad de fotocopias que me exigían cada semana en la Facultad. Si sobraba alguna porción de comida, yo la envolvía en papel y, a escondidas de Javier, se la llevaba al linyera, tantas veces humillado y ahora amenazado por mi jefe.

El viejo —aunque su edad era difícil de establecer, a mí siempre me pareció un viejo—, dormía dentro de un cajero automático del Banco Provincia, bajo el abrigo de un improvisado colchón de cartones y cubierto por un par de frazadas apolilladas. El sitio le convenía por partida doble: allí recibía alguna que otra moneda y se resguardaba parcialmente del frío. Su único ritual consistía en sentarse cada tarde en uno de los escalones que se hallaban afuera del cajero y fumar mirando el ir y venir de los transeúntes. Casi siempre llevaba una caja de vino y en los dedos de la mano libre movía un fino cigarrillo. A veces se notaba que tardaba mucho

tiempo en prenderlo. Parecía que una parte de él quería dejar de fumar y prefería desplazar el cigarro entre el pulgar y el índice durante horas. Con el ceño fruncido observaba a las personas que, inquietas y aceleradas por el rutinario trajín del día a día, no reparaban en su presencia.

A través de unos ojos azul pálido, contorneados por las típicas arrugas que empiezan a aparecer como síntoma de la inevitable vejez, me vio llegar con una hamburguesa en la mano. Se la ofrecí. Sin decir nada la tomó y empezó a comer. Le pregunté si podía sentarme junto a él. Hizo un lugarcito en el escalón y continuó comiendo en silencio. Las migajas de pan se mezclaban en la encanecida barba del viejo, al tiempo en que algunos pedacitos de carne caían al suelo. Agarró una lata de Coca que también le regalé y de un trago ingirió el líquido. Se limpió la boca con una de las mangas de la campera y emitió un leve pero audible eructo. “Gracias”, me dijo. “De nada”, respondí.

Me ofreció un cigarrillo, lo acepté y nos pusimos a charlar. Me contó que en realidad él era de Berisso y que ahí vivían las mujeres más lindas del mundo. “Es donde se celebra la Fiesta Provincial del Inmigrante. ¡Ese día se pone bueno!”, me comentó, como invitándome a ir algún día. Yo le hablé del carnaval, lo invité a conocer Gualeguaychú y las chicas de las comparsas. Nos reímos un rato. Me di cuenta de que se estaba haciendo tarde cuando el sol se escondió y el rocío floreció entre los parabrisas de los autos estacionados en la calle. “Chau”, le dije, “me encantó hablar con vos. Pará, ¿Cómo te llamás?” Dijo que se llamaba Rodolfo Lapasta. Al ver mi cara de incredulidad, agregó: “Así es mi apellido: Lapasta. Se escribe todo junto, tal como suena.” Nos apretamos las manos y me fui. No me había alejado lo suficiente, cuando escuché: “¡Gracias, loco!” Me había gritado desde atrás, con voz gutu-

ral y la intención, supuse, de expresar algo más que gratitud.

Yo a Javier lo despreciaba. Intentaba continuar con mis obligaciones y cumplir con mis tareas diarias pero me resultaba imposible. Mis compañeros hacían de cuenta que no oían las barbaridades que murmuraba con total impunidad frente a nosotros. Pero yo por dentro rabiaba y pensaba: “Este hijo de puta preferiría tirar la comida. Estoy seguro de que, si fuera por él, cada porción sobrante terminaría en el tacho de la basura. Javier optaría por acumular cada excedente de alimento en un mugroso contenedor y se sentaría a olisquear su putrefacción antes que regalarlo.” No, eso no. Estaba terminantemente prohibido a los empleados cualquier tipo de acto caritativo. Palidecía si veía pobres y mendigos merodeando y curioseando cerca de su sofisticado restorán, con decoración vanguardista y glamoroso menú. Para él la pobreza era antiestética. “¡Estos negros me ahuyentan la clientela”, solía repetir.

Un día, llegué al restorán más temprano de lo habitual. Cuando doblaba por la esquina tuve tiempo de ver un patrullero de policía estacionado en la puerta del local y a dos milicos que saludaban entre risas y palmadas en la espalda a Javier. Apuré la marcha para intentar oír lo que decían. “¿Ese de ahí, jefe?”, preguntó uno de los policías mirando en dirección al cajero automático. “Sí”, contestó Javier. Luego los despidió con un ademán de agradecimiento y entregándoles algo en la mano. “¿Qué mirás, vos?”, me dijo, algo molesto, al verme llegar. “¡Nada!”, contesté y me dispuse a preparar las mesas.

Creo que no había pasado ni una semana desde aquel incidente, cuando me dirigí a la Facultad de Derecho donde rendía un examen de Comercial II. Yo subía por las escaleras, en camino al aula 409, cuando escuché un alboroto infernal en salón de la Mercader, donde se celebran los egresos de los estudiantes de

abogacía. Guiado por griterío, entré al recinto, un poco para husmear y otro poco para demorar el examen. En el aula no entraba un alfiler. En las paredes laterales se hallaban pegadas varias fotografías de la Guerra de las Malvinas mientras, en el centro, un proyector de video emitía imágenes de jóvenes soldados que habían combatido en la batalla de Pradera del Ganso, el primer gran enfrentamiento terrestre. Varias fotos iban acompañadas por una breve semblanza y con la fecha de fallecimiento bien clarita abajo: 28 y 29 de mayo de 1982. Al aparecer otros retratos, algunos hombres robustos, de espaldas anchas, se levantaban de las sillas ubicadas en la primera fila del salón y recibían, emocionados, los aplausos y el merecido homenaje. Se les hacía entrega de una medalla al “Valor en Combate”, por el cumplimiento de sus funciones en el conflicto bélico con Inglaterra por la soberanía de las islas. Los presentes se abrazaban y lloraban al unísono: profesores, alumnos, madres, padres, hermanos, vecinos, compañeros y amigos.

Las últimas fotografías en la pantalla, formaban parte de un grupo de soldados que habían sobrevivido a la guerra, pero de los cuales se desconocía su paradero actual. Una voz rogaba, a través del parlante ubicado en una de las esquinas: “Si alguien conoce algún dato sobre ellos, haga el favor de comunicarlo a este número telefónico. Cualquier tipo de información que ayude a localizar a los soldados...” A continuación se daban nombres, apellidos e imágenes que comenzaban a proyectarse nuevamente. Lo reconocí enseguida. Por supuesto que había más pelo, casi nada de barba ni arrugas, pero esos ojos, esos ojos azules... “Rodolfo Lapasta —dijo la voz del locutor—. Visto por última vez en el año...”

Por un momento dejé de estar allí. Como cuando parece que escuchás atentamente a alguien hablar, pero en realidad estás con

la cabeza en Júpiter. Se me erizó la piel y los ojos se me llenaron de lágrimas. Bajé las escaleras lo más rápido que mi corazón y mis piernas me permitieron. Salí corriendo como un loco por la puerta principal de la Facultad y en dos minutos ya estaba en la parada del colectivo. Levanté los brazos lo más alto que pude cuando vi que cruzó la esquina el 307. Ingresé al colectivo, indiqué la dirección exacta al chofer y pagué con mi tarjeta *sube*.

Tendría que haberlo sospechado. O quizá lo sospeché desde el momento en que vi a los policías conversando con Javier. El no haberme preocupado ni hacer nada para impedirlo, me colocó en la misma estatura moral de mi jefe. Tal vez, no lo sé. La verdad era que Rodolfo ya no estaba allí. El escalón, ahora vacío, era el único testigo del silencioso fluir de la gente que pasaba sin advertir —ahora— la ausencia de su antiguo vecino.

“¿Dónde está? ¿Qué hiciste? ¡Te voy a denunciar. No te vas a salir con la tuya, hijo de puta!”, le grité a Javier quien, sin saber de qué diablos le estaba hablando, no tuvo tiempo de responder, porque me fui. Probé con los vecinos, hablé con ellos, insistí preguntándole al pibe que atendía el puesto de diarios. Nadie sabía nada y por la cara que ponían, se notaba el poco interés por Rodolfo y su historia. “Es veterano de Malvinas”, les decía yo. Y se quedaban mirándome, como si no me creyeran o no les importara un carajo.

No sé si estaba indignado, más bien, creo que me sentía culpable. Culpable es la palabra que mejor se adecua a mi estado de ánimo. Me senté donde lo hacía Rodolfo, con su cajita de Camel y el dromedario brillando en la tapa amarilla. Pensé en él, en los héroes que deambulan entre nosotros en silencio, que no usan capa ni saben volar, que andan por ahí sin necesidad de vanagloriarse ante la gente ni haciendo ostentación de sus grandes hazañas, que

simplemente, ofrecen cigarrillos a un completo desconocido, contando que son de Berisso, donde se celebra la Fiesta Provincial del Inmigrante y viven las mujeres más lindas del mundo.

(Relato inédito para esta Antología.)

C) LAS LUCHAS OBRERAS

01/05/1921: o cómo ser patriotas, matando obreros

Por Darío Carrazza

Los hechos tuvieron su tratamiento judicial en la causa N° 438, que se llamó “Sumario con motivo del choque sangriento habido entre elementos de la Liga Patriótica y Federación Obrera”, sustanciada ante el Juez. Dr. Arsemio Cepeda, cuyo secretario era el escribano A. L. Aguilar Vidart, iniciada el 3 de mayo 1921.

Por problemas de conservación no tenemos de ella más que un rescate realizado por el grupo de apoyo de Madres de Plaza de Mayo de esta ciudad, al que debemos el material al que he tenido acceso. Fuera de ello, la humedad y el descuido de los archivos han convertido el expediente en ilegible. La causa se encabeza con la reseña de los hechos que hace el Jefe de policía Isaías Lahitte en nota dirigida al Juez, fechada el día 2: “...en el día de ayer a las 16 más o menos se produjo un choque sangriento entre la Liga Patriótica y la Federación Obrera en circunstancias que los últimos realizaban el anunciado acto público en la Plaza Independencia. Siendo las 14 hs la brigada de la Liga de Estación Gilbert, dirigida por Juan Francisco Morrogh Bernard, Erro y otros entró por B. Mitre y fue a estacionarse junto a tres autos y carretón de la Cruz Roja por calle Rivadavia. Se ordenó el retiro y se cumplió. Más tarde llegan los obreros guardando el mayor orden. Viene un grupo de a pie por Chile en actitud hostil, dispuestos a exigir que bajaran la bandera roja, divisa enarbolada por los manifestantes y que es de la Asociación; actitud que motivó la intervención de la

policía “la que mediante grandes esfuerzos consiguió calmar a los exaltados” pero no que se retiraran. Minutos después apareció por 3 de Febrero la Brigada de Morrogh Bernard y Erro, todos a caballo, rompiendo el cordón policial y entraron a la plaza produciéndose un recio tiroteo y la consiguiente confusión y dispersión. El hecho se produjo una vez de entrada la bandera roja a la jefatura a exigencia de la Liga y a fin de evitar derramamiento de sangre. No obstante la brigada y el grupo de a pie penetraron a la plaza con la bandera argentina. Resultaron muertos los obreros federados Ángel Silva y Celedonio Iglesias y “heridos treinta”, en su mayoría federados. Se asisten unos en el Hospital Centenario y otros en sus domicilios particulares. “Los cadáveres se encuentran a su disposición en el Cementerio”. Se remiten las armas secuestradas (no se indica cantidad). “Pongo a su disposición a los detenidos Luis María Salduna, Lorenzo Chaparro y Carlos María Sobral”. Luego se siguen declaraciones prácticamente inmediatas —durante la semana siguiente— de protagonistas pertenecientes a los distintos grupos, signadas por la confusión del tumulto y el terror urgente. Veamos algunos ejemplos.

Lorenzo Chaparro, de la Liga Patriótica, 46 años, soltero, oriundo de Villa Mantero, dice que “...a las 2 y media vino con su patrón Carlos Sobral y Juan Francisco Morrogh Bernard. Estos le dijeron que iban a venir los obreros que posiblemente iban a querer sacar la bandera argentina que ellos traían. Pero que había que quitarles en cualquier forma la que ellos llevarán que era colorada y era de extranjeros. Su patrón lo hizo subir al automóvil en que tenía un Winchester, entregándoselo para que se lo cuidara. En su momento y después que habían dado dos o tres vueltas a la plaza, la brigada de Morrogh Bernard atropelló tirando tiros por entre la plaza a los obreros que estaban al lado

de la estatua de San Martín y el declarante le entregó el Winchester a Pablo Aguirre, el cual atropelló también apuntando por lo que cree que haya tirado a los obreros. Él de pronto vio que un agente de policía caía herido le agarró el sable y atropelló pero no pudo alcanzar ningún obrero porque disparaban por todos lados y en esas circunstancias fue detenido.

Preguntado si tenía armas dice que un cuchillo y que no lo sacó en ningún momento. Preguntado por “esa persona de color morocho” que montaba un alazán dice que no recuerda quién era. No vio a nadie disparar (fueron varios pero no los tiene presente). Nunca oyó que los obreros provocaran. Dice que no estaba ebrio, que no tiene antecedentes penales. No vio si Manuel Sobral y Cabral usaron los revólveres “que sabe tenían porque eso vio en el campamento”. Celedonio Iglesias, de los obreros, era uruguayo como gran cantidad de declarantes en esta causa, tenía 50 años de edad y 19 de residencia en el país. Alcanzó a declarar que “...oyó varias detonaciones que partían de un grupo a caballo que rodeaba la plaza por la esquina que da al Café Apolo —hoy Chalup y Urquiza—, se sintió herido y cayó. Ignora quién lo hirió...” En ese momento sufrió un ataque que le imposibilitó seguir declarando. Fallecería horas después.

Fernando Rodríguez “conocido por Urriste”, agente de policía, también declaró en los umbrales de su muerte. Alcanzó a decir que “...la herida se la produjeron hoy a las 15 más o menos, cuando prestaba servicio en la Plaza y quiso atajar a un morocho montado en un alazán. Tenía arma (un revólver) pero no lo usó y después que cayó herido, no lo tenía. No pudo ver quién le disparó pero que los que tiraban eran los de la Liga Patriótica”. Hilario Rodríguez, 28 años, herido y detenido de la Liga Patriótica, Brigada de Gilbert, peón de Juan Francisco Morrogh Bernard,

dijo que “...su patrón le ordenó avanzar sobre los obreros junto al monumento de San Martín. El primero en atropellar fue Morrogh Bernard y él lo siguió, ignorando porqué lo hacían.... se escucharon detonaciones que partían de la Brigada y luego de los obreros. No se fijó si su patrón tiraba. El arma que tenía era un cuchillo que se lo sacaron en la Policía. No vio quiénes eran víctimas y quiénes agresores. Nadie le dijo a qué iban a la Plaza. Solamente el patrón le dijo que cuando atropellaran él también lo hiciera.” Hay varias declaraciones que aportan muy poca o ninguna información. En especial no pueden afirmar quién o qué grupo hizo el primer disparo. Así ocurre por ejemplo con los dichos de Ignacio Romero, 41 años, casado, uruguayo, once años de residencia, jornalero; Vidal Navarro, herido y detenido, 22 años, casado, uruguayo, 2 años de residencia, panadero; Higinio Palacios, herido y detenido, 43 años, casado, arg., jornalero; Saturnino Duarte, herido y detenido, 36 años, soltero, argentino, jornalero; Mario Teófilo Mernies, Herido y detenido, 19 años, soltero, uruguayo, 5 de residencia, panadero, o Julián Contreras, 31 años, jornalero.

Sin embargo hay muchos testigos que, al igual que el caso del ya citado Lorenzo Chaparro, atinan identificando a la Liga como el grupo agresor. Así ocurre con Claro Denis, de 36 años, uruguayo con 25 años de residencia, jornalero, según cuya declaración “...ignora quién lo hirió pero que fue un grupo de la Liga Patriótica que tiraba tiros sobre los obreros. No tenía armas.” Alejandro Blanco, de 47 años, casado, uruguayo, con 17 de residencia, jornalero, herido en mano izquierda, dijo que ignoraba a su atacante, pero que los obreros “Fueron atacados a las 15:30 por la Liga Patriótica”. Celestino Olegario, de 69 años de edad, uruguayo con 25 años de residencia en el país, de ocupación

jornalero, brindó más precisiones dijo *“que tiene conocimiento de los hechos presenciados y que se produjeron de la siguiente forma: en circunstancias en que el señor jefe de policía salió con la bandera de la federación con un grupo de ellos, un grupo de la liga cargó con sus caballos y enseguida sonó un tiro, luego otro hasta que fue un tiroteo cerrado. Preguntado si puede precisar quién o quiénes fueron los que iniciaron el fuego. Responde que no conocía a nadie.”*

Helvecio Benítez, de 18 años, uruguayo, con 6 años de residencia en el país, preguntado quién le infirió las heridas que presenta, con qué clase de armas, en qué lugar y qué referencias puede dar al respecto, dijo que las heridas que presenta se las produjeron *“en el día de ayer alrededor de las 15 horas”* en la plaza Independencia y se expresó de la siguiente forma: *“siendo las 14 y media fue a la plaza a celebrar el día del trabajo, que iban a hacer uso de la palabra los oradores de la federación. Cuando llegaron apareció la caballería como de 200 jinetes dando gritos hostiles contra la federación, dando vueltas alrededor de la plaza en forma provocativa, que la policía trató de contenerlos, haciendo un sobrehumano esfuerzo para retirar a los provocadores que pedían que se arriara y retirara la bandera roja que llevaban los obreros, cuando éstos entregaron la bandera a la policía y entraban a la jefatura los jinetes que se habían estacionado frente al café Apolo y la Iglesia atropellaron sobre ellos tomándolos a balazos sin motivo, penetraron a la plaza unos a pie y otros a caballo, una de estas personas a caballo, que no conoce, es quien lo hirió.”*

Lorenzo Timón, herido y detenido, también estaba a punto de morir. Era uruguayo de 40 años de edad con 16 años de residencia en el país, y con domicilio en la calle Gervasio Méndez, entre Pavón y Villaguay de Gualeguaychú. El 2 de mayo le alcanzaron

las últimas fuerzas para declarar que “...las heridas que presenta se las produjeron en el día de ayer en la plaza Independencia de la forma siguiente: siendo las 14 horas y media el declarante vino a la plaza citado por compañeros de otros trabajos, afiliados a la federación obrera, con motivo de conmemorar el día del trabajo, que al llegar había cerca de 200 hombres de la liga patriótica dando vueltas alrededor de la plaza dando gritos hostiles contra ellos, que la policía trataba que se retiraran pero no obedecieron, cuando los obreros llevaban la bandera roja, símbolo de trabajo, los que formaban parte de la caballería se reencontraron en la esquina de Chile y Urquiza, al lado de la Iglesia y del café Apolo, de golpe acometieron a balazos a los componentes de la federación, en esas circunstancias el declarante recibió el balazo que presenta sin saber quién le pegó. Preguntado si tenía armas, contestó que no y que ninguno de los manifestantes de la federación llevaba.”

Francisco Ocampo, herido y detenido, de 29 años, argentino, identificó al autor del primer disparo. Dice que grupo de jinetes liguistas se vino encima de los manifestantes viendo que “uno que montaba un caballo bayo empuñaba un enorme revólver con el que hizo el 1º disparo que se oyó sin poder decir quién era esa persona, siguió un tiroteo sin poder decir quiénes lo realizaron, decidiendo retirarse cuando recibió el balazo sin poder decir quién se lo tiró, que no tenía armas, que no ha tenido entrada en la policía.”

Pedro Villarreal, también estaba soportando por aquellas horas el asedio de la muerte. Tenía 38 años, era argentino, soltero, jornalero, con domicilio en Montevideo y Paraná de Gualeguaychú. Narra que siendo las dos y media de la tarde fue a la manifestación obrera, que para oír mejor se acercó al pie de la estatua de San

Martín, *“notó que unos 200 hombres de la liga patriótica daban vueltas a la plaza en actitud hostil, que la policía los contenía, no se iban a retirar hasta que no replegaran la bandera colorada, emblema del trabajo, que estaba izada, los obreros optaron por entregarla y cuando iban entrando a la policía los jinetes atropellaron sobre los obreros haciendo un tiroteo y desbande de gente, en esos momentos recibió la herida, cayendo, recogiendo la policía, que no conoce a nadie, que tiene una entrada por ebriedad, que no ha sido procesado.”* Moriría poco después de declarar.

Salvador Berón, herido, de 29 años, soltero, cabo de policía dijo que *“a las 14 y media estaba en la plaza Independencia (hoy San Martín) de servicio en carácter de policía, que un grupo de jinetes a caballo de la liga patriótica que estaban en calle Chile y Urquiza se precipitó contra la manifestación de los obreros que estaban en la plaza, que en vistas les ordenó que parasen pero se les vinieron encima oyendo a sus espaldas un tiro sin saber quién lo desce rrarjó, que la caballería atacó con más furia a los obreros llegando a la plaza donde se tomaron a balazos, que vio que un hombre grueso, con bigote negro que hacía un momento dirigía la palabra a los obreros hizo un disparo produciéndole la herida que presenta, que sólo sacó las armas para intimidar sin disparar ningún tiro. Que el que atropelló primero fue un tal Marín, que después siguieron muchos más que no puede reconocerlos.”*

Cipriano Suárez, de 31 años, casado, argentino, sargento de policía, corrobora la versión que ya había indicado sobre la intervención de Luis María Salduna, de la Liga Patriótica, montando un saino y blandiendo un largo revólver con el que mató al agente de policía Fernando Urristi. El sargento, del distrito rural de Pehuajó Sur, convocado para reforzar la guarnición de la ciudad cuenta que *“Fernando Rodríguez (Urristi) se encuentra herido en*

la garganta, que lo vio caer en el momento de la herida, que a las 3 y media junto con el comisario de órdenes y otros agentes habían venido desde la plaza a la jefatura trayendo la bandera colorada que tenían los obreros y la habían entregado al sr. Jefe para ser depositada en la jefatura porque así lo requerían los manifestantes de la liga patriótica que se habían apostado en la plaza, que estando adentro de la jefatura oyó al oficial de guardia que le decía al comisario de órdenes que avanzaban los jinetes sobre los obreros, que salió corriendo hasta cerca de la calle 3 de Febrero viendo a Luis María Salduna montado en un caballo pelo zaino con un revólver negro en la mano pasando junto al agente Rodríguez descerrajándole un tiro con el que lo volteó, que no vio que Urristi hiciera armas contra Salduna, que vio dos automóviles con armas de caño largo entre el grupo de la liga patriótica..”

Oscar Belén era un negro de 33 años, del bando de los federados, declaró que *“habiendo concurrido al mitín de la federación obrera al cual es afiliado que se celebró en la plaza Independencia el 1° de Mayo, Bartolomé Luciano le hizo un disparo de revólver de frente que le perforó el saco que en ese momento enseña, que Luciano se hallaba a pie y fue cuando el tiroteo se hizo general, que él no llevaba armas, que Luciano llevaba un traje de montar amarillento, botas del mismo color, sombrero grande del mismo color pero medio marrón, que el revólver era color negro caño largo, que no sabe quién hizo el 1° disparo pero que salió de cerca de la iglesia y que salió del grupo de los de la liga.*

Ángel Nicolás Jordán, de 23 años, soltero, argentino, panadero, dijo que *“cuando se produjo el tiroteo se metió a la casa de familia del señor Luis Luciano donde dos jóvenes de la casa, que no conoce, le querían tirar apuntándole con su revólver, que los jóvenes no le tiraron accediendo al pedido de una sirvienta de la*

casa, alta, morocha, la que le abrió el portón más tarde y por allí se fueron, que lo acompañaba Daniel Hernández, que esto ocurrió a raíz de los primeros tiros, que dichos sujetos pertenecían a los liguistas.” Daniel Hernández, de 17 años, estaba junto a él y ratificó sus dichos.

Cuando en los 80 entrevisté a Don Ángel Jordán él me relató exactamente el episodio de la fuga a través de la casa de los Luciano, hoy Rivadavia 522, sede del Colegio de Abogados, y que las palabras de la criada hacia los agresores fueron algo así como *“dejalos en paz, así querés ser patriota vos, matando a estos pobres obreros...”* También recordaba que durante su fuga presencié el episodio de Luciano disparando contra el inerte “Negro” Belén, y el miedo de este último mientras se guarecía bajo un banco de la plaza.

(Extraído de *Plaza de Muerte*, 2011, edición del autor, Capítulo: “Choque Sangriento”).

De lo alto vinieron

Por Martín Pucheta

(1° de Mayo de 1921, Plaza San Martín)

De lo alto vinieron los disparos.

El fuego lo escupió la Catedral.

El fuego fino.

Y no sonaron las campanas,

sonó el Negro

y cuántos más. El Negro Silva.

Como el agua corriente escaseaba el cura

dejó servida la bendita a los nenes de Carlés

que subieron temprano

—al que madruga, Él lo ayuda—.

Otra vez

el disparo tras la cruz

el caño

asomado por la herida.

Le volaron el mate al Negro,

y al aire se sumó el sombrero

como un pájaro alocado

al que le arrasan su árbol.

Al Negro Silva y al Cele Iglesias

—justo iglesias se venía a llamar—.

Y a cuántos más.

—parece no animarse a ser pregunta—.

¿De dónde, el disparo?

Otra vez desde arriba.

Del “perdona, no saben...”

lo que no perdonó.

Estiró Tomás la herida

y el caño encontró su ojo

para apuntar.

La bala encarnada

en el Verbo.

¿De dónde?

Otra vez el disparo, de la cruz.

Los patoteros del Mulato

desde arriba

a separar lo de abajo.

Y Silva sonó, como una campana

de silencio negro,

y el badajo infinito de la bala

caliente en el cerebro;

no se puede pensar

una idea tan rápido.

Le volaron el mate y el sombrero.

¿Y al Celedonio qué?

Dos escarapelas

de sangre

en el estómago

le descolgaron el corazón.

Y a cuántos más.

Huelga recordar

que el tiempo repite

huelga.

Como tantas veces el disparo

desde allá

de la herida a la herida

del muerto al muerto,

por nacer.

D) CONTRA LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Fue aquí

Por Susana Lizzi Bertuzzi

(A Susana Villarruel, asesinada por su ex marido)

Aquí
en esta ciudad de carnavales
donde ríos y arroyos se entrelazan
y los pájaros trinan como un coro angélico y salvaje.
Aquí
bajo este cielo que es dorado en la tarde
y se estrella de noche,
aquí
hay un barrio
donde vivía Susana
mujer de fértil vientre
con manos aferradas al trabajo...
“Vengan conmigo hijos” murmuraba
y cuatro bocas pequeñas la seguían.
Sin pensar en eso
ahí nomás
donde nace la palabra estalla el grito y
se hace dolor la contingencia
estamparon su rostro contra el barro

porque sí
porque así lo dispuso un asesino
porque entonces
su palabra no se elevaría hasta lo cierto.
Aquí
en esta ciudad de ríos y de arroyos
arrojado su cuerpo como una paloma derribada
cayó Susana
que es Una
menos.
¡Carajo! Una nuestra
una mujer del barrio
una pobre mujer pobre que no tuvo la suerte
de salvarse.

Destruyó el asesino
las manos que cortaban cebolla servían la comida escanciaban el
agua...
los ojos que observaban sabrosos cuadernos
los labios que besaban cuatro frentes hermosas
el pecho que abrigaba los llantos y las risas
pies de cardo y voz de caramelo huyendo por lo oscuro
pidiendo ayuda a gritos
ayuda
¡una mujer en la mañana pide ayuda y
nadie oye
ni llega

ni acompaña!

Así

en la soledad de los neutrales yuyos

destruyó el malnacido

el libre cabello, la cara de la vida,

la llave de recuerdos familiares

el fuego y la palabra...

descartó en el agua

un cuerpo de mujer.

Una menos.

Que no quede ese cuerpo entre las ramas

que lo saquen al viento

hable ese cuerpo

grite

pida justicia por su nombre

y por todas las mujeres injustamente asesinadas.

Nos matan por mujeres

esos

los hombres sin honor, sin dignidad

simples femicidas de palomas que arrojan a la nada.

Libertad para ellas.

Justicia para ellas

¡Ni una menos!

A Micaela

Por Susana Lizzi Bertuzzi

(Asesinada por un femicida)

Yo te abrazo Micaela—mundo
noche de muerte y de ahogo
te abrazo así
como si tu sonrisa perviviera y
tus sueños se convirtieran en posibles
yo
te
abrazo
fundo mis dedos en tu ser mancillado
adhiero
a la profunda locura de pretenderte a salvo
cantando por la vida
compañera
te abrazo
Micaela susurro que se va de a poquito pensando en los más pobres
cuerpo manchado con arena negra
vientre mojado con veneno
boca
dejada al borde del camino para que siga diciéndonos que el
sueño es una puerta
que entremos
de golpe nomás

porque hay que atreverse
no hacerlo es de cobardes
te abrazo Micaela luz
y soy luciérnaga de pronto
lazo indivisible de mujer a mujer
no nos doblemos
nunca nunca
Micaela:
un día vendrá, un momento,
libertad y justicia conquistadas
para vos
para todas
a pesar de las hojas caídas del árbol del azar.

Ni una menos

Por Susana Lizzi Bertuzzi

Basta del odio creativo inunda - noticieros,
detengamos el idioma del terror.
Basta de yo no puedo, yo no sirvo, yo no valgo,
basta del sobresalto ante cualquier sonido:
timbre, motor, un vaso
estallado contra la fragilidad.
Pongámonos un instante
frente a esa máscara caníbal pronta a transformarse,
miremos la helada vislumbre en sus ojos de sombra
cruenta, como resolana en la sal
y digamos:
basta de ojeras temerosas, de labios vacilantes,
de rodillas flojas y temblor de hombros,
basta de huesos quebrados, de párpados violáceos.
De quemaduras de cigarrillo. De patadas en el culo basta.
Tengo la memoria flagelada de tanto femicidio.
Ya ni sé cuántas veces
tuve que oír la palabra *Mujer* asida al carro de la violencia.
Ahora quisiera
desde esa misma palabra germinar la acción reparadora.
Demos un primer paso: digamos todas juntas “¡Ni una menos!”
Con rabia, con decisión, con esperanza, con coraje.

Atentas y unidas.
Todas para una y
ni
una
menos.

Las Lucías

Por Carla Olivera

I

Volverte a violar

Volverte a ahogar

Volverte a arrancar las uñas y los pelos

Volverte a vaciar

Volverte a drogar

Volverte a golpear todo el cuerpo que ya traés roto

Volverte a asustar

Volverte a quemar

Volverte a clavar dientes,

dedos,

verga,

palos,

toda la inmundicia.

Volver a mencionar tu nombre

Tu nombre de muerta de noche

Tu nombre de tan tarde,

de short corto, de tan tan corto...

Tu nombre de muerta en una foto.

Sonreís en la foto

Estás hermosa y sonreís porque no sabés tu muerte

Porque aún no viste tu nombre de muerta pegado a tu foto en la tele

Esa palabra no se parece a otra:
Em-pa-la-mien-to
Esa palabra va debajo de tu nombre
De tu foto sonriendo
De la muerte anunciada en forma de primicia.
Esa palabra no se parece a otra.
Volverte a matar
Volverte a rasgar
Volverte a arrancar la ropa
las uñas
los cabellos.
No son lobos, no
No son bestias, no
No son monstruos, no
No sabrán a dónde ir
No sabrán a dónde ir cuando
se desprendan las muertas del suelo
repletas de flores que llevamos las vivas
a devorarles el corazón
y darle fuego a todo.

II

Las muñecas se han roto las rodillas.
Tienen las piernas atadas.
La ropa mojada.
El cuello apretado por manos grandes y viejas.
Las muñecas tienen la panza herida
el cuerpo indigesto.
"Que me saquen esto de adentro", piden.
"Lo que me puso el viejo", piden.
Solamente la mano de mamá
y un terror que se cose con hilo quirúrgico.
Las muñecas están despeinadas.
No hay lugar donde guardarlas sin que nadie las toque.
Las fieras muerden.
Mugen.
Piden también
pero las lleva el diablo.

III

Mi vida es un tajo.

Un tajo entre las piernas

un tajo en el cuello

un tajo en el espinazo

un tajo en la pollera

y de la pollera al ojo

y del ojo a la lengua

y de la lengua al silencio.

Mi vida es un tajo a destajo.

De sangre en sangre.

Tajo y sangre para ser mujer.

Tajo y sangre para hacer lugar.

Tajo y sangre para parir.

Tajo y sangre para no parir.

Tajo y sangre para no volver a casa.

IV

CIUDAD DE POETAS

Arte poética (II)

Por Pamela de Battista

Te exijo poesía
que me saques del fondo oscuro de mí
de detrás de tu falda de madre tierna
y que me muestres,
me empujes a dar la cara,
me expongas a los ladridos callejeros,
me devuelvas a la furia de ser mujer,
y signo de fuego
y cortes de una vez el hilo
del tapiz embrionario
en que me sumerjo.
Te exijo que rompas esta burbuja de pájaros que me elevan
porque no es verdad tanto vacío azul en este cielo,
ni es verdad el aire en que me limpio,
ni el suelo lejos.
Te desafío a que me quites esta pulcritud que no es mía,
soy una mujer que ha iniciado ya su penar de hueso,
sus arrugas plañideras por el costado del llanto.
Ya, poesía,
ya,
mostrame a mí.
Te quiero mejor que un espejo
y más aún

espero de una vez por todas
que realmente me ocurras.

Ya no más Alejandras para mí
en este juego de obsesiones y belleza.
Allá ella y su manera de amarte.
Ya le hemos pedido suficiente, vos y yo.
Todas las amantes amamos distinto.

Ya no más aferrarme con esta sed infatigable a tu nombre,
es lo justo.
Estas ansias de entronizar palabras hermosas
como agua, camposanto, río,
me obsequian la condena
de seguir diciendo siempre la misma, repetida, agotada cosa.
¿Cuándo podré, cuanto menos, resignificar?
Dame el impulso
el empujón
lo que quieras,
envíame al más bajo de los abismos
yo, Hefesto,
a trabajar el fuego indómito
salvaje,
ese lugar de donde soy en vos,
desde donde debí haber venido.
Hacelo,
si es así como debe ser

no tengas piedad, poesía,
aunque en la sangre corran
como un veneno
todas mis inseguridades.
Aunque me duela.
Aunque me abra en dos.
Ocurrime
sucedeme
de una vez
y para siempre.

(De *Cuaderno para brujas*, Editorial de Entre Ríos, 2019, p. 61 a 63,
corregido por la autora para esta Antología)

Poema de la trenza

Por Pamela de Battista

Mi abuela guarda
envuelta en papel de diario
la trenza de su hija muerta.

Está en una caja
en la que cada objeto
abisma

o
en la que cada cosa
es
un agujero negro.

Arriba,
en el ropero
reposa.

A veces está buscando algo
a veces revuelve con los brazos en alto
y da al descuido con el cartón
la forma
de la caja de zapatos.

Mirá, me dice,
y saca la tapa.
Descubre el rollo abichado de pequeñas letras.
Desenvuelve,
abre ese canal

al silencio
o peor
a recordar
lo incontrolable.

La trenza es larga
madera
larga
exhalación
contoneada

tres es un número inconmensurable,
un número voluminoso
y moviéndose
una trenza
es tres e infinito.

Sentadas en el borde
de la cama
miramos una parte viva
de una hija muerta.

Entramos a ese horizonte
de sucesos.

Sabemos
que desde ahí
ya no se vuelve.

(Poema inédito, cedido por la autora para esta Antología.)

Ibas a llamarte Orfea (II)

Por Pamela de Battista

Para que una bruja suba a un barco
hace falta
el madrinazgo de la luna
esto es
un ojo insistente
un frutoabierto en el cielo hinchado
su jugo derramado sobre el espinazo del agua,

y que
ni un amarre de la sangre la interpele
la primera noche
ni las anteriores.

Que no haya nunca primera noche.
Una bruja que sube a un barco
por primera vez
siempre tuvo su condena
un espacio confinado para ella en el mar
su noche perpetua.

No necesita mirar lo que su espalda joven
lo que su espalda vieja
deja arrojado
mordido.
Olfatea el viento que la empuja
busca
hace un pozo en la parte de mar

en la que sueña.
Hace un pozo allí
donde esconder
ese hueso deseado
ese secreto.

Una bruja que sube
por primera vez
a un barco
es perra también
y es pirata.
Lleva en su bolsillo un arcano,
que es su diario de navegación
y su brújula.

Su pelo largo se sacude
pegado al viento.
El viento del mar dice otras cosas.
No necesita escuchar lo que se hace pequeño
lo que queda mordido
arrojado.

El idioma nunca fue el mundo
se dice
la infancia nunca fue el mundo
se dice
entonces no hay mundo.

(De *Antología Entre Orillas*, 2021)

Querías ser poeta

Por Carla Olivera

Querías ser poeta
pensás
mientras los broches prenden
la ropa al viento del patio
mientras los gurises se pegan patadas
y gritás que basta
que basta ya de peleas y de llantos.
El aire alcanza afuera para tomar
la tarde por las trenzas
Fuerte empuja y secará rápido la ropa.
Querías ser poeta y pensás
en ese hombre de espuma
en ese hombre cuyos labios no mordiste
en su cuello que de cerca
perfumaba los tiempos de la rebelión
de los escapes
de las canciones bailadas para enamorarlo.
Querías ser poeta
pensás
y sabés
que se es poeta aún con la lengua anudada
pero no se desanuda
no se desnuda
y ese hombre está lejos ya
y los gurises siguen peleando.

¿Cómo se es poeta?
pensás
mientras la última prenda a colgar cae
y se ensucia
y el sol busca con su aliento
levantar tu pollera.

(De *Cacerías*, Editorial Palo Santo, 2021, p. 8 y 9)

La tera

Por Carla Olivera

Es de noche
y la tera se enciende en el montecito de enfrente
agarrada a los últimos fríos,
se enciende en un escándalo que durará días y días.
Llora?
Grita?
Llama?
Canta?
Cómo se dice cuando las teras buscan sus huevos en la tierra
recién removida,
con ese gritollanto que eriza el sueño de cualquier nadie que de
noche las sienta?
Es septiembre
y el resto del montecito cala sus tardes con rompientes pezones
verdes
donde un pichón no nació
donde una tera y yo entendemos que la primavera a veces
es un cielo indolente
de puro azul
crecido masticar de soledades.

El fondo de la olla

Por Carla Olivera

Hace ruido el cucharón contra el fondo de la olla.
Golpea en paredes secas como en una campana.
Y en la casa de al lado será igual, piensa, mientras revuelve.
Y en la otra también, campana seca.
Y en cada casa de por acá, sabe.
Hay viento afuera
viento de primavera
de malvones y polen esparcido.
Afuera hay viento y gurises que corren y se embisten
cabeza contra cabeza
como chivos topadores en el corral del barrio.
Adentro,
tumba profanada el estómago del hijo
y otra tumba en el menor
y otra más en la mujercita más grande
y otra tumba en su panza donde salta apenas uno sin nombre.
El ruido del cucharón en la olla levanta los pájaros que duermen
en la canaleta
hace temblar las telarañas.
El ruido del cucharón en la olla seca retuerce las tripas
retuerce los trapos viejos del hambre
donde la madre clava las uñas
y la bronca
donde la madre esparce el dolor y sala

sala como se sala el puchero
la garganta arrugada de la casa que es rancho
que es chapa y cartón y furia.
En este rancho ya no se duerme, dice.
En este rancho nadie duerme
hasta que caiga en la olla vacía
la entraña adobada del patrón.

XIII

Por Melina Montenegro

De a poco vacío la casa
él no entiende el frío
de los espacios desiertos
de a poco limpio las paredes
de fragancias

De a poco me armo
me preparo para dejar
y llevarme todo lo que traje
él no ha visto
el precipicio que me aterroriza
y sigue cantando
me piensa tras sus huellas
al abrigo constante de su sombra

pero yo me abandoné
en la otra orilla
no supe cruzar,
no pude o no quise
dar el salto de fe, tuve miedo
y me quedé callada
juntando mis pedazos
al borde del terror

yo lo vi marchar
sin saber, sin ver ni entender
que yo me había quedado
arrullada en otra isla, atrapada
en mis propias tormentas

de a poco comienzo
a deshabitar los espacios
me voy diluyendo
discretamente
Me voy

Me fui sin que él supiera
que lo amé
me fui sin decirle
que su mano extendida
hubiera sido suficiente
para ver el puente
que unía nuestros extremos
que solo sus ojos en mí
habrían bastado para ver el sol
pero él cantaba sin oír
mi alejamiento
cantaba
y cuando la guitarra dejó de sonar
estaba solo.

XIV

Por Melina Montenegro

Cuando la noche se cierra
todo se abre para nosotros
nos miramos
a través de las penumbras
y habitamos el amor
como las sombras
mientras delinear su rostro
con mi mano me pregunto
si él me amará
con la misma intensidad
si dormirá pensando
que puede estar tranquilo
porque allí estoy yo
como un guardián

Nosotros somos
en la noche cerrada
en el amor abierto
amanecer.

XV

Por Melina Montenegro

Despertar con él
implicaba siempre
el alumbramiento de un poema
fueron años de parición
por las mañanas
cuerpo acostumbrado
al esfuerzo de empujar
lo que se gesta
en el revés de la mirada
durante la noche
hasta el extremo de las manos
que escriben
al nuevo hijo.

XVI

Por Melina Montenegro

El tiempo se dilata
él y yo hemos
cortado las costuras
ahora somos retazos
vestigios de trama
rotura

Ahora el andar
es liviano de tanta
hebra suelta
de tanto viento
atravesando
los puntos vacíos.

XVII

Por Melina Montenegro

Escribo para cerrar
la herida del amor incomprendido
del amor que no supo
decirse a sí mismo
del amor que quedó apretado
en el umbral de la puerta
Escribo para dejar de volver
para fugarme de la memoria
que me ubica en el sitio
de la huida y de la pérdida.

XV

Por Emilia Villalba

En esta casa vivió un hombre.
Su rostro está hecho de niebla.
Dicen que tejía redes
y domaba ríos.

A esta casa la construyó un nombre
que cansado de talar maleza y biznaga
decidió quedarse.

Yo lo he oído en la boca de mi madre
Se lo he escuchado decir a mi tía

En esta casa enmudeció ese hombre
Se fue tiñendo de color sepia
hasta borrarse.

Dicen que decidió su propio destino
Y que sus brazos fueron atados
que aunque gritó de impotencia
la muerte no vino.

Que se enloqueció remando
por quién sabe dónde

Que murió solo, en otra provincia.

Que la corriente inundó sus pasos.

Debajo de estos escombros
que fueron su casa
todavía hay un río que suena y vibra.

(De *En el corazón del patio*, 2021, Editorial Palo Santo, p. 27 y 28)

IX

Por Emilia Villalba

Trenzar el pelo de mi hija
es como hacer un conjuro
en cada división un deseo,
en cada vuelta un amarre.

Quién sabe cuántas trenzas fueron hechas
A la luz de la luna
Cantando

En la siesta bajo el sol
a la orilla del río
o en los patios solitarios.

Cuántos dedos acariciaron las cabezas
hasta hacerlo rutina.

Cuántas vueltas enredaron
a la niña,
aconsejando
silencio, quietita.

Ya no es tiempo de andar entre secretos
Yo rompo y digo: sobre este cuerpo nadie pasa
Mi hija es la continuidad de esa trenza
Que se alarga y nos hermana.

(De *En el corazón del patio*, 2021, Editorial Palo Santo, p. 60 y 61)

Entre la lluvia y el rayo

Por Jimena Arnolfi Villarrazza

Las ideas entran por la ventana
junto con el viento helado.
Nadie evita que se caiga lo que se cae
y se rompe en mil pedazos.

El desastre queda en el piso.
Nadie lo junta.
Con un trapo húmedo
no se puede sacar la mugre
de tanto tiempo.

Limpiar es ensuciar otro lugar.
Algún día, alguien dirá
que hice todo mal.

Estado de situación

Por Jimena Arnolfi Villaraza

Con una mano sostengo a mi hija
y con la otra escribo.

La vida es un tablero
cuidadosamente armado
que todo el tiempo se da vuelta.

Cuando digo que nos entretenemos,
me refiero exactamente a eso:
Nos tenemos entre nosotras.

La lentitud

Por Jimena Arnolfi Villarrazza

Amamanto a mi hija y en silencio,
miro por la ventana cómo la lluvia moja
la ropa que colgué hace un rato bajo el limonero.

Aprendo a estar quieta.
La paciencia no pertenece al tiempo.

Algo empieza de nuevo
cuando no hay de dónde aferrarse
ni siquiera con una mano.

(De *Campamento de supervivencia*, Caleta Olivia, Argentina,
2021 y Ediciones Liliputienses, España, 2021)

Todo hace ruido

Por Jimena Arnolfi Villaraza

A veces recuerdo
el primer deseo:
irme lejos
a un lugar que sea natural.
Creo en los ritmos tristes de la ruta
en las pequeñas fábulas
al costado del camino
en el verano atemporal
que vive en mi cabeza.
Mantuve el amor
cuidadosamente:
lo que antes
me hacía reír
ahora me hace llorar.
Siempre es así
lo que no llora de un lado
llora del otro.
Me gusta ir al río
sentir el orden invisible
lo hermoso y putrefacto del puerto.

(De *Todo hace ruido*, 2013, Pánico el pánico)

Objeción de conciencia

Por Ernesto Enrique Siches

La vida en cicatrices va ahilando
su memoria, y el fuego de los días
acumula cenizas enjoyando
en el cuerpo dolor, quemaduras.

No renuncio a la lucha. Aún quisiera
sobrevolar el mar de la conciencia.
Cada destino busca su quimera,
Cada verdad reclama su presencia.

¿Es que no te has herido... preguntando?
¡Cuánto caer, para seguir trepando!

Se me rompe en la boca la paciencia,
de atesorar sutil hipocresía,
para seguir velando la presencia
insulsa y tensa de la medianía.

La voz crepuscular no se resigna,
el alma se me ahoga a borbotones
por abortar en esta vida indigna,
tanta pasión por capitulaciones.

¿Es que no te has perdido... suplicando?
¡Tanto trepar para seguir cayendo!

Nada más es volver sobre lo visto:
Las faltas, los fallidos, los despojos
de ese sueño brutal, esa esperanza

que como el padre diera a Jesucristo
te fíjan a la cruz, son clavos rojos
por la sangre vital de la vergüenza.

¿Es qué voy desgarrado... acompañando?
¡Cuánto gritar para seguir callando!

La consagración del poeta inválido

Por Marcos Henchoz

La consagración pública de Gervasio Méndez ocurrió en 1878, cuando ya inválido, entregó su oda “A San Martín”, para que fuera leída en la función de gala del Teatro Colón, de Buenos Aires, llevada a cabo en homenaje al Libertador en oportunidad de conmemorarse el centenario de su nacimiento.

A principios de ese año lo visitó Bartolito Mitre y Vedia, hijo de Bartolomé Mitre, en nombre de la comisión popular que impulsaba la repatriación de los restos de José de San Martín. Entonces Bartolito le pide a Méndez que escriba un poema alusivo:

—Yo no hago versos.

—Perdón, creí que los hacía usted y buenos.

—¡Ah, los hacía!...

—Hace muy poco.

—Es inútil cuanto usted me diga, no puedo hacer nada.

—¿Tendría la bondad de decirme por qué?

—Porque no puedo... —y ante la mirada insistente de Bartolito, Méndez no quiso defraudar a tan alto personaje y preguntó—¿Y qué debo hacer?

—Lo que usted quiera; su nombre no puede faltar en el programa.

—¿Las leerá usted?

—De mil amores...

Cuenta Bartolito Mitre: *“Por la manera que me estrechó la mano...comprendí que me agradecía el pobre inválido, la presión hecha sobre él para arrancarlo, siquiera fuese un momento, de la postración que empezaba a invadir la moral, después de invadir*

su físico.” Efraín Bischoff, en Itinerarios de Gervasio Méndez, define: “En esas palabras está admirablemente reflejado el carácter de Méndez. Su hostilidad se resuelve casi siempre en una ternura que le sube a los ojos y empaña su visión.”

Bartolito Mitre y Vedia leyó el poema “A San Martín” magistralmente, el 28 de mayo de 1878, en el viejo Teatro Colón:

“¡No podía morir!, cupo en la tumba
la gigantesca talla de su cuerpo.
¡Para encerrar su nombre y su memoria
el hogar de la muerte era pequeño!

¡No cabía su espíritu grandioso
en la mansión eterna del silencio!...

Una vez finalizada su lectura, el presidente Nicolás Avellaneda, poseído del entusiasmo general, se alzó del asiento presidencial para aplaudir con más libertad; los ministros lo siguieron y, tras de esto, hicieron lo mismo señoras y caballeros, viejos y jóvenes, hasta alcanzar la amplitud entera del teatro. Gervasio Méndez quedó así públicamente consagrado. Al otro día, todo Buenos Aires hablaba de Gervasio Méndez; fue una hora de felicidad, en veinticinco años de tormento.

(Texto extraído de *Gervasio Méndez. Un naufrago en el mundo*, Marcos Henchoz compilador, Rodolfo A. García Editora, 2022, p. 41 a 44)

V

**CIUDAD DE ENSAYISTAS
Y NARRADORES**

De la ética y otras cuestiones menores

Por Héctor Luis Castillo

*Un joven toma un arma de alta gama y
provoca una masacre entre la población negra en Estados Unidos.
¿Un hecho aislado o la crónica de un (otro más)
suceso anunciado?*

Afirmar que los hechos históricos o culturales se producen espontáneamente no solo es una falacia sino una canallasca forma de justificación de eventos de los cuales somos —por acción u omisión— responsables. La historia del desprecio xenofóbico de ciertas comunidades no es nuevo y mucho menos desconocido. Después de que el mundo conociera las atrocidades llevadas a cabo por los “científicos nazis” en sus campos de experimentación, la sensación de que habíamos aprendido algo respecto del respeto hacia el otro parecía ofrecer un bálsamo de humanidad con miras al futuro.

La segunda guerra, recordemos, finalizó en 1945. Dos años antes, la producción industrial de penicilina permitía su distribución en todas las fuerzas aliadas permitiendo bajar la mortalidad por infecciones del 18% en la primera guerra al 1% durante la segunda. En esa misma conflagración, uno de los grandes problemas debido a los desplazamientos de tropas fue la profusión de las enfermedades de transmisión sexual. La sífilis y la gonorrea. La penicilina era eficaz en ambas afecciones. Eso también se sabía. Un equipo de investigación a cargo del médico John Cutler avanzaba sobre la prevención de dichas enfermedades. Para ello, consideraron importante hacer un seguimiento desde cero, es

decir, desde el momento mismo de la infección. Qué mejor modo—razonaron con perversa lógica—que infectar a las personas, ellos mismos, como parte del experimento y diseñaron entonces un ambicioso plan: infectar a población sana utilizando prostitutas previamente infectadas exprofeso. Esto, claro, no podía llevarse a cabo en Estados Unidos por la repercusión que podría tener si se conocía el mismo, por lo que contactaron al doctor Juan Funes, médico militar de Guatemala que trabajaba en Estados Unidos, y este ofreció a los estadounidenses llevar a cabo los estudios en su país.

Las autoridades involucradas pertenecían tanto al Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos de Norteamérica (después convertido en el CDC), la Oficina Sanitaria Panamericana (reconvertida luego en Organización Panamericana de la Salud (OPS) y los Ministerios de Salud, de Gobernación y de la Defensa del Gobierno guatemalteco. El experimento se inició en las cárceles y siguió en instituciones de salud mental. Por otro lado, y simultáneamente, se utilizó a prostitutas infectadas como un modo de diseminar la gonorrea entre los soldados y prisioneros; se conocía en ese momento que una prostituta podía tener sexo con 8 soldados en 71 minutos y, asimismo, se tenía monitoreado su tiempo de diseminación en las cárceles.

A finales de 1948 el experimento se dio por terminado por motivos desconocidos y no fue divulgado sino hasta 2010 y en forma sesgada. Pero, claro, esto sucedió en Guatemala, donde la pobreza y otras urgencias dejaron en un plano de total indiferencia mediática lo ocurrido.

Ahora bien, antes y después de esta abominable muestra de desprecio por la vida humana, se llevaría a cabo lo que se conoció como El experimento Tuskegee. El nombre se debe a que se llevó

a cabo en la localidad norteamericana de Tuskegee (Alabama) y se trató de un estudio clínico que duró cuarenta años (desde 1932 a 1972) y que buscaba conocer la evolución natural (¡pese a que ya existía tratamiento para esta enfermedad!) de la sífilis en un grupo de personas negras, de bajo nivel adquisitivo y de bajo nivel cultural. Durante ese extenso periodo de tiempo —como era esperable— tanto permitieron morir gente de una enfermedad curable como nacer bebés infectados de sífilis a sabiendas de los daños que provoca esta enfermedad. Como mencionamos al comienzo, ya los médicos militares norteamericanos usaban la penicilina para tratar la sífilis en las tropas del Pacífico, en diciembre 1943, y a mediados de los años 50 ya empezó a pensarse que la enfermedad sería erradicada por completo; no obstante, el experimento Tuskegee siguió adelante y no se dio tratamiento a ninguno de los desinformados participantes a fin de conocer correctamente cómo la enfermedad progresaba y mataba al paciente. Siniestro.

Paradójicamente, mientras en Núremberg se condenaban los crímenes de guerra, el doctor John Heller, director de la División de Enfermedades Venéreas del Servicio Público de Salud, continuaba con sus experimentos a los que defendería años más tarde afirmando que “los médicos y el personal civil se limitaron a cumplir con su trabajo. Algunos siguieron órdenes, otros trabajaron para gloria de la ciencia”. Entre quienes “trabajaron para gloria de la ciencia” estaba la enfermera Eunice Rivers, una afroamericana que, además de su tarea específica, se encargaba de convencer a sus vecinos de participar en el experimento.

Esto continuó hasta 1972, cuando se filtró la información a la prensa y el escándalo mediático que provocó su divulgación obligó a cancelarlo y al presidente Clinton pedir perdón por estos verdaderos crímenes de lesa humanidad recién en 1997. Como

siempre, demasiado tarde.

¿Por qué unimos estas dos historias? Porque nada es casual ni repentino. Porque la retórica de la supremacía blanca nació junto con la gran nación del norte. Porque estas ideas llegaron desde la Europa blanca en el siglo XVI, con los españoles primero y los ingleses un siglo después. Porque en las trece colonias fundacionales del norte, tanto las tradiciones religiosas como las teorías científicas del momento justificaron la esclavitud e incluso varios de los “Padres fundadores” como Thomas Jefferson estaban convencidos de que los americanos blancos eran superiores, tanto a las personas esclavizadas provenientes de África como a los habitantes originarios. Porque la bandera de la Confederación es hoy un símbolo de odio y racismo y por eso no es casual que, durante su gobierno, el presidente D. Trump defendiera el derecho de algunas bases militares de llevar el nombre de generales de la confederación. No hace falta explicar por qué.

Las actuales organizaciones de supremacistas blancos y grupos racistas utilizan conceptos como “genocidio blanco”, “despojo blanco”, y “la gran teoría del reemplazo” frases que escribió Payton Gendron, de 18 años autor de la masacre de hace algunos días atrás como justificación a sus acciones.

Esto pasó en Estados Unidos, es verdad. Acá nomás y tan lejos. Tan distinta a nosotros y tan igual. Porque el odio es universal, la xenofobia también. Porque se utiliza más tiempo en enseñar a ver nuestras diferencias, antes que las similitudes. Porque es más sencillo decir te odio que decir te amo, insultar que elogiar, aborrecer que admirar.

El experimento Tuskegee no se trató de una cuestión de científicos locos y cobayos desprotegidos, se pudo hacer porque una sociedad, de un modo u otro, no solo permitió que se hiciera, sino

que generó las condiciones para que se hiciera. Así como genera madres que matan a sus hijos, hijos que matan a sus padres, parejas que matan a quienes dicen amar. Y la sociedad, amigo lector, amiga lectora, nos guste o no, somos todos.

Historia de mujeres.

Entre el olvido, su valoración actual y la necesidad de la interseccionalidad analítica.

Por Marcos Henchoz

En nuestro país, al igual que en la mayoría de los países judeocristianos occidentales, la historia es cosa de hombres y en ocasiones de algunas mujeres blancas, principalmente.

Mitre y Vicente Fidel López son los pioneros en la escritura de “la historia” nacional. Escribieron la denominada historia oficial con relatos tendenciosamente delineados —casi ficcionales algunos de ellos—. Esteban Echeverría, Faustino Valentín Quiroga Sarmiento (Domingo Sarmiento), Miguel Cané y tantos otros aportaron desde la literatura la configuración de la sociedad deseada bajo el paradigma del hombre blanco, dominante, patriarcal y católico y, por lo tanto, hacedores de la ocultación, negación, persecución y muerte —en muchos casos— de todas aquellas personas o grupos sociales que no formaban parte de su ideario. Este conjunto de principios fue canalizado a través de la creación del sistema normalista educativo. Aún hoy, vemos en la formación docente y por ende en las aulas, los restos de aquellos conceptos. Nosotros nos hemos formado con “esas historias”.

Historia de las mujeres ¿Desde qué mirada?

En la actualidad, existe una postura crítica al respecto que nos ubica endeblemente hacia el pasado y nos fortalece en la búsqueda de actores individuales y grupos sociales que favorezcan un mejor análisis histórico del tiempo pasado y que, a su vez, nos ayude a crear categorías de estudio que nos contengan y visibilicen en este siglo XXI.

En el caso de las mujeres, las críticas hacia la historia no sólo señalan aspectos vinculados a las ausencias sino, también, a la indignación que provoca ver cómo se nos han hecho visibles, es decir, cómo decidieron que las debíamos ver. La historia, desde ese paradigma, construyó nuestra sexualidad, nuestra feminidad y masculinidad dejando sin espacio alguno a las diversidades. Resaltó algunos pocos casos de mujeres blancas, en un rol de objetos valorados del mundo occidental. Las mestizas, indígenas y negras —en estos últimos años se está trabajando mucho en su visibilización y valoración— fueron definidas con términos que están por debajo de lo humano. Es más, si hurgamos en la etimología de la palabra historia podemos encontrar parte de esta explicación: *hi-story* significa historia del hombre/masculino. De allí, que algunas corrientes de historiadoras, en ciertos ámbitos académicos europeos y de Estados Unidos de América estén utilizando el término *herstory* principalmente para el estudio de los grupos de mujeres negras. Lo dice con claridad Hazel Carby (historiadora y activista feminista), *“La herstory de las mujeres negras está entrelazada con la de las mujeres blancas, pero esto no significa que sean las mismas historias. Tampoco necesitamos que las feministas blancas escriban nuestra herstory por nosotras, pues podemos hacerlo y estamos haciéndolo por nosotras mismas. Sin embargo, cuando ellas escriben su herstory y la llaman historias de mujeres, e ignoran nuestras vidas y niegan su relación con nosotras, ése es el momento en que están actuando dentro de las relaciones racistas y escribiendo así nuevas formas de historia”*.

Las miradas epistemológicas y las corrientes historiográficas se han definido desde su origen como esencialmente patriarcal y dominante. Aún entre las mujeres. Todavía queda una larga reconstrucción con respecto a las mujeres mestizas e indígenas.

Sexo, género, racismo, clase, edad y migrantes son categorías de análisis y conceptos que permiten visualizarlas desde una perspectiva de género e interseccionalidad. Desde estos clivajes se puede visibilizar y problematizar las desigualdades hacia las mujeres y, especialmente, hacia el interior del mundo de las trabajadoras. Asimismo, debemos ser amplios en el término trabajadoras; ya que habitualmente, las investigaciones de los últimos años se las ubica como obreras dejando de lado al resto de las trabajadoras: empleadas de comercio, vendedoras ambulantes, artistas, maestras, oficinistas, planchadoras, costureras, lavanderas, amasadoras, universitarias, investigadoras científicas; entre otras. Cada una de ellas con sus propias características, dificultades y potencialidades.

De indígenas, negras y mestizas

En nuestra sociedad entrerriana, hay descendencia indígena chaná y charrúa. Muy poquitas se identifican con ese pasado originario. El miedo, la vergüenza, el dolor y la persecución por siglos, por parte de españoles y criollos hicieron que quizás ni sepan de sus propios antepasados. Entre 1749 a 1751 se desarrolló una fuerte embestida contra los pueblos originarios que habitaban el actual territorio entrerriano. Organizados por el Gobernador de Buenos Aires, General José Antonio de Andonaegui y bajo la conducción del Teniente Vera Mugica, las tropas tenían el mandato expreso de aniquilamiento. “Las fuerzas expedicionarias llevaban órdenes terminantes de proceder con todo rigor, con prevención de que a todo indígena que requerido de paz optara por rendirse, se le hiciera prisionero de guerra colocándolo bajo segura custodia. En cuanto a los que no se rendían, la orden era de “pasarlos a cuchillo, sin misericordia”. Era, como se ve, una

guerra de exterminio. Vera Mugica le escribió al gobernador de Buenos Aires, en enero de 1752, expresando que “(...) *con esta operación bélica, quedaron las tierras de Gualeguaychú y Arroyo de la China, libres de toda población aborigen*”. Sabemos de la actitud valiente de las guerreras indígenas. Con el tiempo, se fueron produciendo mestizajes los cuales formaron sus propias identidades y su propia mirada del mundo; es decir, la mayoría de la población. Aunque se sigue privilegiando el relato que sostiene que somos descendientes de hombres blancos europeos o que “*llegamos en los barcos*”. Con respecto a este último concepto habría que preguntarse ¿de dónde zarparon esos barcos? Muchos de ellos provenían del África negra en donde eran raptados, violentados y secuestrados para ser vendidos como mercancía en los puertos y plazas de los pueblos de América. Viajes que estuvieron signados por abusos, violaciones de todo tipo, ultrajes y rompimiento del tejido social, lingüístico y espiritual por parte del Estado y de la iglesia católica que permitían la carimba — marca— a cada uno como si fueran ganado. El tiempo también produjo mestizaje, aunque con mucho pesar debo decir que continúa la mirada racista hacia ellos.

Durante el período independentista, la participación de las mujeres fue muy activa. Sabemos, por diferentes tipos de documentos, de su presencia en los ejércitos, de un lado y del otro. Lo que en su mayoría no sabemos son sus nombres. No quedaron registradas. Muchas de ellas, apenas tenían un nombre o sobrenombre porque eran hijas ilegítimas para el sistema legal de la época. Así que no tenían derecho al bautismo católico (única iglesia autorizada), ni al casamiento ni al entierro en los cementerios. Tal como lo expresaba Sarmiento, “*quizás sirvieron de abono para la tierra*”. De este período se puede resaltar a la

dragona del ejército directorial (es decir, de Buenos Aires contrario al de Artigas) Juana de Montenegro, como valiente lancera en el campo de batalla. Al igual que tantas mestizas, luchó junto a su esposo. Por ese motivo, el Director Supremo Gervasio Antonio de Posadas, reconoció que actuó *"con un esfuerzo superior a su sexo"* y, mediante resolución del 25 de octubre del mismo año, ordenaba que *"pase revista en el Regimiento desde el día del ataque, y se le abone por toda la vida el haber de soldado, dándosele especialmente las gracias por su heroico valor"*. Sistemáticamente la historia oficial las negó y ocultó al igual que los hombres de sus mismos orígenes sociales. De la mayoría no sabemos nada y de algunas se conoce poco de su historia personal. Del lado patriota hubo mujeres que entregaron su vida entera a la lucha por la revolución y la independencia. Tal fue el caso de la negra María Remedios del Valle, de extensa foja de servicio como miliciana, reconocida como capitana del Ejército del Norte de Manuel Belgrano.

A modo de cierre

En el breve espacio de esta Antología es imposible realizar un abordaje de mayor extensión. Aunque considero apropiado que esta temática se conozca, se analice, se profundice en conocimiento y se generen nuevas investigaciones. Quedó mucho por escribir y mucho por decir.

Cada mirada sobre la historia quizá no sea otra cosa que narrar una nueva forma de escribirla y analizarla. Creo, taxativamente, que no existe "la historia", sino que existen tantas como miradas haya sobre una época, una situación o un lugar determinado. Los intelectuales de esta ciencia social al igual que otras como la sociología, la economía y la antropología son rastreadores de

miradas que luego construyen y deconstruyen con la suya propia. Todas ellas son reales y quizás ninguna lo sea. Los diarios, los documentos, los relatos orales, las vasijas de barro, las armas, cualquier manifestación que nos dé pistas que permitan reconstruir nuestro pasado, lleva implícito el inalienable sesgo de una cultura, un tiempo, un espacio y un contexto particular cruzados por su ideología y la intencionalidad de cómo pararse ante la sociedad con anclaje en su propia cosmovisión del mundo. Todas son, de un modo u otro, pasibles de ser analizadas. Aun cuando muchas veces se escriben narraciones casi ficcionales o lisa y llanamente falsas, eso mismo puede ser el material con el que otro historiador se nutra para realizar una interpretación del porqué de la mentira, el encubrimiento o la deliberada alteración de un hecho histórico determinado, del olvido, la negación o la tergiversación de determinados grupos sociales.

(Texto exclusivamente redactado para esta Antología.)

Las muchas vidas de Juana

Por José Luis Pereyra

En época de Aristófanes, hizo huelga de sexo para terminar con una larga guerra entre hermanos. Los griegos la llamaron Lisístrata, uno de los tantos nombres de Juana, que ya era reconocida por peleona y rebelde.

Más tarde, en un lugar llamado Éfeso, entregó el cuerpo del marido muerto para salvar a su amante. “Entre la vida y la muerte, me quedo con la vida”, dicen que dijo. Y debe ser verdad porque, a través de los siglos, ese será el credo de Juana.

Quiso ser soldado: vistió armadura, cota de malla, habitó los sucios cuarteles y comió la magra ración de la tropa. Bajo su liderazgo, venció al enemigo. Como recompensa, los franceses la quemaron y luego la canonizaron como santa.

En el nuevo mundo, fue india. Juana recibió los nombres de Malitzin, Marina, Malinali, Malinche y prefirió pasarse del lado de los conquistadores antes que ser esclavizada por gente de su propia sangre.

Poco después se convirtió en monja porque no deseaba hijos ni marido ni casa que limpiar. Ella tenía sed de libros, de leerlos y escribirlos. Lo hizo muy bien. La llamaron la Décima Musa, pero no nos engañemos, era Juana.

También fue colona judía, saltó al vacío cuando se incendió la hilandería donde trabajaba, vistió de hombre para ir a la universidad, pintó cuadros, talló el mármol, fue negra y se negó a ceder el asiento a un blanco, manejó aviones, usó pantalón, minifalda, bikini y traje espacial.

Los militares argentinos le torturaron la voluntad y el cuerpo,

le expropiaron el hijo recién nacido, la desaparecieron.

Hace poco, en Chile, se paró —brazos abiertos— ante un hidrante y la rociaron con ácido. Los perdigones de los carabineros le apagaron los ojos. Le habían disparado certeramente hacia el rostro porque no soportaban su mirada cuestionadora e insolente.

Con otros nombres, en nuevos tiempos, Juana seguirá apostando por la vida y la libertad.

Ante tanta muerte y violencia, ella seguirá renaciendo.

70 años sin Eva

Por Claudio Lencina

Si alguna vez la iglesia de la calle, la de tierra o la de los suburbios pudiera entronizar a una figura, sin dudas sería ELLA. No por santa seguramente, porque los seres humanos no tenemos nada de santos, pero sí por milagrosa. Porque supo transformar los rostros sombríos de la pobreza en tremendas sonrisas de felicidad, la mala fortuna en esperanza, el olvido en perdón.

Definirla sería algo más que una osadía, porque la luz no tiene una forma concreta, no sabemos hasta donde llega, ni cuál es el milagro de la energía... y ELLA era esa luz en el rostro de los niños, para quienes el sol era su poncho de pobres y sin suelas sus piececitos descalzos. Niños que caminaron madrugadas de postergaciones, de mate cocido y galleta, de un solo pantalón con mil remiendos. La luz de padres que llegaban al fin de la jornada exhaustos de no tener ni siquiera la posibilidad de un sueño. De madres que doblaban la espalda y solo se erguían en el amor que era su única recompensa.

ELLA supo interpretar a ese pueblo invisible y volverlo cierto, tangible, contundente. Lo rescató del ostracismo y de la furia, de la bronca toda junta. Le dio un lugar en la mesa, un pan honesto, una comida caliente. No en vano la lloraron con lágrimas sinceras, la acompañaron envueltos en un inmenso silencio de respeto y la colgaron de sus paredes de ladrillos desnudos para que su sonrisa no desaparezca, para que su ejemplo se multiplique en los panes del milagro de la buena cena.

Lejos de aceptar el silencio al que la condenaron, a la cárcel de olvidos que quisieron darle, se volvió un amasijo de bronca pero

de la buena... y se hizo bandera, camino a seguir, senda, surco abierto. A su muerte la sembraron y germinó con más fuerza. A su muerte la resucitaron en la esperanza. La volvieron millones... y volvió, se hizo presente.

ELLA, la odiada, la que despertó lo peor de los peores sentimientos, exorcizó al espanto. Y, a pesar de los setenta años, ahí está, más presente que nunca. ELLA que se fue tan temprano y dejó la luz encendida sobre la mesa, abanderada de humildes, voz en jarro de los cabecitas negras, grito suelto de los descamisados.

ELLA, que si alguna vez hay una iglesia de los pobres, no estará en un altar, no será una figura que domine la escena, no se volverá ídolo. Porque al mirar en derredor, será una más entre la gente: el rezo, la plegaria, la ofrenda, la quimera feliz de creer que todo es posible, desde su sencillez, desde su obra.

Dios se la llevó —dicen, cuentan—, porque en el cielo existían necesidades y ella se volvió un ángel con todo su derecho. Ocurrió un día como hoy, entre las ocho y las nueve de la noche, cuando el cielo le abrió para siempre el ancho de sus puertas y comenzó a latir en el corazón de todo un pueblo.

EVITA, nos duele su ausencia, ¡Compañera!

(Tomado desde su muro de Facebook el día 26/07/2022, cuando se cumplieron 70 años de la muerte de Eva Duarte de Perón, “Abanderada de los Humildes”).

Vaquitas

Por Sebastián González

“¿A dónde vamos?” pregunta el niño que va sentado en el asiento de atrás de aquel Renault que avanza por la ruta nacional número 3 con dirección de Norte a Sur. El hombre acomoda el espejo retrovisor y encuentra la mirada de su hijo. “A ver a mamá”, le responde. El niño no contesta. Ahora parece entretenido mirando las vacas que permanecen agrupadas (diez, doce) debajo de un árbol. “Vaquitas”, dice el niño señalando con su dedo. “Tienen calor”, explica el padre, “por eso buscan la sombra”. El niño no responde, parece haber perdido el interés por las vacas y ahora busca su muñeco de Jake. El padre vuelve a concentrarse en la ruta, piensa que a lo mejor sería bueno poner un poco de música en el estéreo. Aún conserva los casetes de su adolescencia. Abre la guantera del auto y saca uno al azar. “¿Te gusta éste?” Le pregunta. El niño se encoje de hombros y comienza a hacer saltar a Jake de una rodilla a la otra. “Muere”, dice el niño, “Puj, puj. Maldito”. El padre piensa que Jake también se encuentra librando una suerte de batalla. Pone el casete en el estéreo y la música invade el automóvil. Es "Tarea fina" de Los Redondos. El padre comienza a cantar, acompañando el ritmo con golpecitos en el volante. No sabe por qué canta, pero canta. El niño aprovecha el alboroto para gritar con mayor vehemencia: “Muere, muere... Maldito”. Ahora Jake está parado sobre el espaldar del asiento de acompañante, de ahí salta al asiento del conductor y se posa sobre la cabeza del padre. “¡Maldito!, estúpido”. “Basta, Joaquín”, dice el padre. El muñeco vuelve a saltar sobre su cabeza. “Estúpido, estúpido”. El padre estira el brazo hacia atrás y toma al muñeco de una mano y lo lanza sobre el para-

brisas delantero. Jake rebota contra el vidrio y cae sobre la guante-
ra, desde allí parece mirar dolido. Acaba de perder la batalla. El
niño larga un llanto ensordecedor. “¡Quiero ir con mamá!” grita,
“¡Quiero ir con mamá!”. “Ya te dije que estamos yendo a verla”,
dice el padre. “Ahora escucháme, te voy a dar el muñeco pero si
me prometés que te vas a calmar”. “¡No!” dice el niño y se cruza
de brazos en un gesto que busca parecer adulto. “Entonces no te lo
doy”, desafía el padre. El niño vuelve a largar una especie de
llanto. El padre toma el muñeco y extiende el brazo hacia atrás.
“Tomá, pero portáte bien, ¿querés?”, dice. El niño toma el muñeco
y lo vuelve hacer saltar sobre la cabeza de su padre. “Muere maldi-
to capitán Garfio” dice y está así por un rato, luego se aburre ante
la indiferencia del padre y vuelve a sentarse contra la ventana.
Mira hacia el campo. Ahora en el estéreo está sonando "Todo un
palo". El padre puede recordar el momento exacto donde grabó ese
casete. Fue en su adolescencia, hace unos veinte años. Recuerda la
mañana en que Felipe, su compañero de secundaria, le prestó el
casete para que se grabara las canciones. En ese tiempo no conocía
a Claudia, la madre de su hijo. En ese tiempo estaba de novio con
Clarisa, una chica de quinto año. A Claudia la conoció al año
siguiente en un camping. Había ido de campamento con unos
amigos de la Facultad de Letras y allí fue donde la conoció. Clau-
dia también estaba de campamento con unas amigas, a unos pocos
metros de la carpa de ellos. Le gustó enseguida. Ni bien la vio supo
que le gustaba, después vinieron charlas y más charlas y en algún
momento terminaron los dos sentados en la playa, mirando el río
de noche, escuchando en un walkman las canciones que ahora
estaba escuchando en ese auto con su hijo en el asiento de atrás.

El niño da un soplido de fastidio. El padre baja el volumen del
estéreo y busca la cara de su hijo por el retrovisor. “¿Qué te pasa?”

pregunta. “Estoy aburrido”, dice el niño. “¿Tenés hambre?”. “¡No! ¡Estoy aburriiiiiidooooo!”, grita. El padre abre la guantera y saca una libreta y una birome. “Tomá, ponéte a dibujar”. “¡No quiero!”, grita el niño. “¿Qué querés hacer?”. “¡Nada!”. “Entonces dormí”. El niño se estira sobre el asiento y levanta los brazos y se pone a observar sus manos. El padre vuelve a calibrar el espejo retrovisor y sube apenas el volumen del estéreo. Ahora está sonando “Queso ruso”. Toma el celular y le echa un vistazo. Todavía no tiene señal. Piensa que en cualquier momento van a empezar a caer los mensajes. Son cinco y media de la tarde. Calcula que dentro de cuatro horas estarán llegando a La Pampa. Allí pararán en un hotel. Dormirán unas horas y después retomarán el viaje a Río Negro. Pisa apenas el acelerador. El velocímetro pasa de los 100 a los 110. Por lo menos la ruta está casi vacía. Todavía no se ha producido el recambio turístico. Calcula que dentro de cinco días ese mismo recorrido será un infierno de autos que regresarán de las vacaciones de verano. Endereza un poco la cabeza para buscar a su hijo en el retrovisor y ve que éste se encuentra dormido. Baja el estéreo hasta volverlo prácticamente inaudible. Enciende un cigarrillo y se dedica a contemplar el paisaje. Descubre una especie de complejo turístico que están construyendo al costado de la ruta. Supone que se trata de una especie de posada o algo por el estilo. Hace quince días atrás, cuando viajó a buscar a Joaquín a casa de Claudia, esa construcción no estaba; de modo que le sorprende la velocidad con las que ciertas ciudades avanzan. Su familiaridad con la literatura lo hace pensar en el Aleph de Borges y sobre todo en la frase que reza: “*Cambiará el universo pero yo no, pensé con melancólica vanidad*”. Arroja el cigarrillo por la ventanilla. A lo lejos divisa una estación de servicio. Baja la marcha. Prende la luz de giro y dobla hacia la derecha. Estaciona

el auto cerca de un surtidor. Se baja y le pide al muchacho que le llene el tanque de nafta. Mira a través del vidrio y ve que su hijo aún duerme. Camina hacia el quiosco y compra unos sándwiches de miga y dos botellitas de Coca-cola. Luego vuelve, le paga al joven y sube al auto. Le pasa un sándwich y una botellita a su hijo que lentamente despierta del sueño. El niño tarda en ubicarse un poco, mira a su alrededor para ver dónde están, luego toma el sándwich y comienza a comerlo con voracidad. “¿Falta mucho para ver a mamá?” pregunta el niño que ahora parece más animado. “Sí. Comé despacio”. El niño toma la botella de Coca y se la pasa a su padre. “¿Me la abrís?”. El padre gira el torso hacia atrás y con un movimiento veloz le destapa la botella. “Gracias”, dice el niño. El celular comienza a sonar. El padre lo toma y comienza a leer los mensajes. Son mensajes de aliento y de condolencias. “Siento mucho lo de Claudia, contá conmigo”, dice uno. Y otro: “todavía no lo puedo creer”. Y otro: “mi más sentido pésame, te abrazo a la distancia”. Deja el celular sobre la guantera del Renault y toma con las dos manos el volante. Frente a él la ruta se abre interminable. “Bueno”, dice, “¿vamos?” El niño asiente con la cabeza detrás de la botella de Coca-cola. Parece feliz. El padre lo mira unos segundos por el retrovisor. Luego arrastra la primera y salen de la estación.

“Uruguay”

Por Sebastián González

Ese alumno que está sentado en la segunda fila, al que todos llaman “Piñata”, tiene un arma debajo de su guardapolvo. La maestra entra al aula como todos los días y los alumnos se levantan de sus pupitres para gritar al unísono:

—¡Bue-nos días, se-ño-ri-ta Ca-ro-li-na! —Son voces agudas en las que no se distinguen varones de mujeres.

—Buenos días chicos —dice la maestra y agrega: —Tomen asiento.

Hay un breve alboroto de sillas que se corren y de cartucheras que se abren, luego el aula se queda en silencio, donde lo único que resuena es la voz de la maestra.

—Bien, chicos —dice—, hoy vamos a exponer los trabajos que hicimos sobre América Latina. ¿Quiénes quieren ser los primeros?

Los alumnos se miran entre ellos.

—Bueno —dice la maestra—, vamos a empezar por Argentina, ¿a qué grupo le tocó Argentina?

Tres niñas y un niño levantan las manos.

—Bien —dice la maestra—, pasen.

Los alumnos se levantan y caminan hacia el frente del aula, allí despliegan un par de cartulinas y las pegan sobre el pizarrón. Las cartulinas contienen un mapa de la República Argentina con división política, un mate, una rama de trigo, un hornero, la flor del ceibo, la bandera del país y una escarapela. Los niños se vuelven hacia la clase y comienzan a exponer. Hablan de los campos de la patria, de las costumbres, de países limítrofes, de la flora, de la fauna, de la geografía, luego cierran la exposición entonando

algunas estrofas del Himno Nacional.

—Excelente, chicos —dice la maestra—. Pueden sentarse. Ahora es el turno de Uruguay, ¿a qué grupo le tocó Uruguay?

El niño de la segunda fila levanta la mano tímidamente.

—Ah, Flores —dice la maestra—. Pasá.

El niño se levanta.

—¡Bien piñata! —grita alguien y todos ríen.

El niño camina hacia el frente con una cartulina en la mano. El arma le punza en la ingle.

—¿Dónde están tus compañeros? —pregunta la maestra.

—No tengo —dice el niño.

—Bueno... ¿hiciste el trabajo?

—Sí.

—Muy bien.

El niño extiende el afiche y le pide a la maestra que lo ayude a pegarlo sobre el pizarrón. Alguien se ríe en el fondo.

—¡No lo vaya a reventar, señorita! —grita.

La maestra se vuelve hacia la clase.

—El próximo que grite *algo* lo mando a dirección —amenaza.

El niño se para de espalda al pizarrón mirando el suelo, cruza las manos sobre su regazo y se pone a hablar. Habla inseguro. Está más concentrado en el arma que en lo que está diciendo. Tartamudea. Intenta explicar las costumbres uruguayas. Habla del mar, del mate, de la bandera. Habla de la amistad con el pueblo argentino. En algún momento de la exposición mete a la Cordillera de los Andes en la geografía uruguaya.

—No —explica la maestra con amabilidad—, la Cordillera de los Andes está entre Chile y Argentina.

Los alumnos ríen.

—¡No sabés nada, piñata! —grita uno.

Al niño le sudan las manos. Levanta la vista y ve a sus compañeros. Algunos lo señalan y se ríen en silencio. Otros lo escuchan atentos.

—“Urugay”... —retoma el niño y todos vuelven a reírse.

—“Urugay” —repite uno del fondo.

La maestra golpea el escritorio con su mano y mira a la clase.

—¡Se van a callar! —dice.

Resuena un “urugay” apagado que corre de banco en banco.

El niño se ha puesto colorado y ya no tiene ganas de seguir exponiendo. El arma le molesta demasiado debajo del guardapolvo.

—¿Uruguay qué? —pregunta la maestra con dulzura, como incitándolo a que continúe.

—No me acuerdo, seño —dice el niño.

—Pensá. ¿De qué vive Uruguay?

—Del trigo —dice el niño.

—Muy bien, ¿y de qué más?

—De las vacas.

—Sí. Exportan vacas. ¿Y para eso qué se necesita?

—Tener vacas —dice el niño pensando en el arma.

—Sí —dice la maestra—, y también tener un pu...

El niño piensa.

—errr... —ayuda la maestra.

El niño sigue pensando.

—...to. Para exportar vacas se necesita tener un puerto.

—Ah, sí —dice el niño.

—Bien. ¿Y qué idioma se habla en Uruguay?

—¿Uruguayo?

—Español —corrige la maestra—. En Uruguay se habla español, igual que nosotros.

—Jaja, “uruguayo” —se ríe uno.

—Se callan —dice la maestra y volviéndose al niño:— Bien, querido, podés sentarte.

El niño despegua el afiche del pizarrón y vuelve a su pupitre. Se sienta. Se acomoda el arma y mira hacia el frente. Un bollo de papel vuela desde la otra punta del aula y lo golpea en la nuca. El niño gira y ve a su compañero que infla los cachetes imitándolo. Aprieta el arma con fuerza.

—Bien —dice la maestra—, ahora es el turno de Chile.

Cuatro alumnos se levantan y pasan al frente. Otro bollo de papel vuelve a golpear al niño de la segunda fila.

—“Uruguay” —le susurra su compañero de atrás.

—Sos bruto piñata —dice otro.

El niño vuelve a apretar el arma.

—Piñata, no te pongás escarapela que te vas a reventar —dice otro y los que alcanzan a oírlo comienzan a reírse.

El niño se pone de pie, se levanta el guardapolvo y con un movimiento torpe saca el arma. Los alumnos comienzan a correr y a gritar. Se amontonan contra la puerta del aula.

La maestra se ha quedado petrificada.

—No hagas nada, querido —le sale por fin.

El niño sigue los movimientos de sus compañeros con el arma.

—Dame la pistola —dice la maestra y no puede evitar que la voz le salga entrecortada.

El niño no la escucha. Apunta al grupo de compañeros que aún siguen en el aula. Cierra los ojos y dispara.

—¡Bang, bang, bang! —dice.

El aula ahora ha quedado vacía; se escucha el griterío de los alumnos que corren por el patio.

La maestra se le acerca despacio. El niño la mira. No hay maldad en sus ojos.

—Dame el arma, por favor —suplica.

—Es de juguete, seño —dice el niño y se la entrega.

La maestra da un suspiro de alivio. Mira al niño que la observa sonriendo desde su metro treinta de estatura. Es un niño muy gordo, piensa. Luego lo toma de un brazo y lo lleva a dirección.

VI

MICRO RELATOS

El desquite

Por Fernando David Troncoso

Dos años atrás, un momento de debilidad había echado por tierra mi bien merecida fama de guapo. La memoria popular suele ser ingrata y solamente recuerda lo peor, así, mis hazañas quedaron opacadas por mi flaqueza de aquel día aciago. Pero estaba dispuesto a reivindicarme. Ahora era el momento del desquite al que aspiraba, por fin iba a borrar esa ignominia, a limpiar esa mácula que mancillaba mi aureola de coraje.

Me bañé, me vestí con sobria indumentaria y marché resueltamente. Ingresé al amplio e iluminado recibidor, pasé a un cuarto blanco y pequeño. Con voz firme y tono enérgico, dije:

—Aquí estoy. Póngame nomás la vacuna, enfermera.

Descanso

Por Fernando David Troncoso

Toda la vida odió ser despertado, esa interrupción del plácido sueño lo enloquecía. Por eso, cuando enfermó gravemente, se alegró. Cuando muriera, tendría el tan anhelado eterno descanso. Fue enterrado y disfrutó la paz del sepulcro, hasta que una voz tonante e imperativa gritó: “Lázaro, sal afuera.”

Abrazo

Por Héctor Luis Castillo

Entró corriendo a la cama de la madre y la abrazó con fuerza. Mami, hay alguien debajo de la cama, dijo. Tranquila, mi amor, aquí no hay nadie, respondió desde abajo de la cama.

Halloween

Por Héctor Luis Castillo

Al abrir la puerta se encontró con una brujita con una calabaza en la cabeza y, a su lado, un pequeño soldado romano con una toga manchada de rojo y una espada en la mano. Dulces o muerte, dijo la brujita. Ja, ja, no tengo dulces, tendré que morir nomás, dijo. Y la sonrisa permaneció en sus labios mientras la espada le atravesaba el pecho.

El disfraz

Por Héctor Luis Castillo

Para participar de la obra teatral en la escuela se había disfrazado de pirata. Qué espanto el parche, se rieron, se nota como pestañas. Humillado, se fue hasta el galpón de la escuela, buscó un martillo y un clavo. Al volver al aula, el parche todavía goteaba sangre. ¿Ahora está bien? Preguntó.

Despertar

Por Héctor Luis Castillo

El calor en los pies la hizo abrir los ojos y encontró solamente oscuridad. Afuera escuchó murmullos y algún sollozo apagado. Quiso gritar y no pudo. Se preguntó si solo a ella o a todos los que van a ser cremados les sellaban los labios.

Mañana

Por Héctor Luis Castillo

Las manos y los pies están sujetos a una reja metálica. El cuerpo desnudo se expone impúdico e indefenso. No importa el crimen, ahora es el momento del castigo. Sobre una mesa se exhiben punzones, tenazas, martillos. El verdugo se acerca y le susurra al oído: mañana vos elegís qué querés que use, pensalo.

VII

EL FÚTBOL

El gabo la rompe

Por Luis Luján

Corría el año 1967, era la una de la tarde y el verano aún se hacía sentir. Nosotros estábamos en la cancha de enfrente al boliche porque teníamos un partido desafío. Vimos que, en la banquina de la ruta, se detenía una inmensa nube de vapor. Nos acercamos y comprobamos que el origen de la nube era un automóvil recalentado. Vimos a través de la nebulosa que, unos metros más atrás, un señor morocho, de bigotes negros, se había bajado del auto y, de brazos cruzados, lo miraba resignado. Vini-mos todos los de *La Chancha Atada*, nuestro equipo; los demás, es decir los del equipo contrario, todavía no habían llegado. Detrás del hombre que observaba su auto (inutilizable por el momento), se extendía Ceibas City, el boliche del pueblo, y una docena de parroquianos dispuestos para ver el partido debajo del alero. Nos acercamos con cierto temor. “¡Fooo, che. Va a reventar esto!”, exclamó el Petiso García, marcador de punta, al ver semejante caos. Los demás expresaban su asombro con frases cortas y pertinentes. El dueño miraba su automóvil todavía humeante y a nosotros, que comenzamos a rodearlo. Enseguida, alguien inició la charla: “¿Qué le pasó, don?” “No sé, se calentó.” Dijo el otro. Los demás jugadores continuaron con sus hipótesis: “Capaz que es el tapón de la nafta que está flojo”, dijo Fuyito, que no tenía ni idea. “Puede ser la batería”, agregó el Chanco Colorau, que tampoco la embocaba ni con el balón ni con la mecánica. El hombre escuchaba y asentía callado, como para no echar al infierno a esa horda que intentaba colaborar con alguna idea esclarecedora. “Yo tenía un auto que andaba a pila...” —dijo el Rengo Charles. Y cuando todos le preguntaron “¿Cómo a pila?”, él

agregó— “Una pila de boludos que empujaban.”

El hombre sonrió por primera vez, pero sin festejar demasiado el chiste. Fue hasta el auto, levantó el capó, miró unos minutos hasta comprobar que de motores no sabía nada. Con un tono de voz y una manera extraña de hablar, preguntó si había, en este pueblo, un taller mecánico. “Acá a la vuelta, taller *El Dios*.” —respondimos cinco a la vez. Entonces recordé que era sábado y me apuré a decirle— “Pero hoy no atiende, porque El Dios no abre su taller los sábados.” El hombre abrió grandes sus ojos, frunció el ceño y dijo como para sus adentros: “¡Guácala! ¿Será posible?” Preguntó dónde vivía. Se lo indicamos, pero le dijimos que no se hiciera ilusiones, porque los sábados se dedicaba a curar. El otro respondió: “Si es así, que cure mi carro...” Y se fue a convencer al Dios.

Nos quedamos comentando su manera extraña de hablar. Pilunchito Amarillo dijo: “Debe ser alemán.” “¿Qué va a ser alemán, es paraguayo!” —agregó Palito Ferreyra, mientras los demás continuábamos deliberando sobre la nacionalidad del forastero—. Al rato regresó. “¿Y...?”, le preguntamos. El hombre esbozó una mueca amarga y respondió: “Dios dijo que lo va a curar después de la misa.” La misa final era a las siete de la tarde, así es que el pobre tipo tenía unas cuantas horas de espera y no le quedaba otra que confraternizar con los jugadores del club, con quienes, de alguna manera, ya lo había hecho.

Luego comenzó el interrogatorio: “¿De dónde es usted?” “¿Es paraguayo, no es cierto?” —le preguntaron—. “Colombiano”, respondió a secas. “¿Y de dónde viene... y pa’ ande va...” “Vengo de Buenos Aires y voy a Brasil.” “¿Sabe que yo le veo cara de conocido...?” —Infirió Vizcacha Contenta, mientras se ataba los cordones de los zapatos. Luego agregó:

—“Sí, yo lo he visto antes. ¿Cómo se llama usted...?”

—Gabriel García Márquez.

—¡Ah, mire usted!... ¡Pero claro, usted es el del diario, el escritor!

—Pues sí —dijo García Márquez.

—¡Pero mire que hay que estar al pedo pa' ser escritor! ¿No es cierto? —dijo Vizcacha. Enseguida, viéndole al otro pinta de nueve, justo el jugador que nos hacía falta para el partido, preguntó— ¿Juega al fôbal también?

—Casi nada —contestó García Márquez.

Fue suficiente. De inmediato, nuestros jugadores empezaron a convencerlo de que pateara para nosotros, que después, si andaba bien, lo dejaríamos de titular y no sé qué cosas más le ofrecían para que aceptara el puesto. El colombiano se negó por un buen rato, dijo que hacía mucho que no jugaba, que estaba viejo, que la madre en coche, pero de a poco su negativa se fue debilitando, hasta que accedió. Le habían caído bien chévere esos buenotes del equipo nuestro y como tenía la tarde libre...

Para todo esto, *Los Lagartos del Médano*, el equipo desafiante ya estaba en el campo de juego y el referí había llamado reiteradas veces. De apuro le encajaron al colombiano la camiseta número nueve y con unos pantalones que traía, con bolsillos a los costados y todo eso, no muy adecuados que se diga, salió al ruedo junto con los demás integrantes de *La Chancha Atada*, ante la ovación de los diez o doce hinchas apoyados en la pared del boliche.

Comenzó el partido y el colombiano entró a brillar. Una, porque de nueve jugaba muy bien y otra, porque los desgraciados de mis compañeros, que no le daban un pase ni a Cristo, a él se lo daban servido, porque era forastero o qué sé yo por qué. La cuestión es que García Márquez, engolosinado por el éxito que hasta ese momento tenía, entró a hacer firuletes, gambetas cortas, pisaba la

pelota, se las mostraba a los rivales, se las escondía y los contrarios pasaban de largo como colectivo lleno. Pero a la hora de definir hacía agua, no la metía y no la metía. Más tarde, a tres metros del arco, ensaya un violento remate que da en el travesaño y, a consecuencia de ese rebote, los contrarios se fueron al ataque y entraron en nuestro arco como Pedro por su casa. Pitazo del juez y afuera de la cancha para descansar cinco minutos. 1 a 0, resultado mentiroso para el primer tiempo.

El técnico nuestro, Miringa Churruarín, se encontraba debajo del alero del boliche, y desde ahí dirigía. Llamó a sus jugadores y fuimos de inmediato. No tanto por las indicaciones, sino porque se estaba mandando una cervecita bien fría. Ahí nos dio cerveza y consejos: “Busquen el claro, muchachos. Si te la da, se la das, pero con precisión, ¿viste? Y calladitos la boca, porque este árbitro, ustedes saben, siempre nos tira al bombo y cobra a favor de los otros.” Miringa pidió más cerveza y, mirando al nueve, preguntó:

—Y vos, ¿cómo te llamás?

—Dígame Gabo, nomás.

—A vos te voy a cambiar de puesto, ahora vas de diez. Me gustaste para armador. Y pegale, prendele de media distancia. Si tenés ángulo, prendele al arco, ¿entendiste,...Coso? ¿Cómo era que te llamabas vos?

—Gabo o dígame Coso, si no se acuerda.

A Miringa le sonó más Coso que Gabo, así que le dio la última premisa:

—Vos, Coso, ya sabés. Escuchá esto: Hoy hay que ganar, cueste lo que cueste.

Y el equipo salió a la cancha, ahora envalentonado, tanto por la

charla del técnico como por la nueva adquisición del equipo: Coso. Eso es lo que tenemos acá, los bautizamos enseguida.

Sacamos nosotros, dos, tres toques atrás y me llega un pase... Veo que el Gabo se proyecta por el margen derecho y le meto un pelotazo en profundidad. El Gabo se eleva, la baja de pechito entre dos marcadores y la duerme. Con la pelota muerta, amaga a la derecha y engancha para la izquierda... “¡Ole...!” —gritó la hinchada desde abajo del alero—, porque el colombiano hizo pasar de largo a dos de ellos y le dio de zurda. Frenético bombazo que entró en el ángulo izquierdo.

—La metiste donde anidan las arañas, Coso —gritó Miringa, mientras volcaba la cerveza recién comprada y nosotros hacíamos gran festejo en medio de la cancha.

—¡Qué buena vaina me diste, Chico! —me dijo el Gabo, mientras me abrazaba, emocionado.

Después del gol, empezamos a dominar. El colombiano, enloquecido, iba y venía. Resultó ser un jugador de fuste, muy delicado en el trato del balón y con mucha prestancia. Cuando los rivales reventaron una pelota complicada fuera de la cancha, el Gabo se me acercó y dijo:

—El empate es un resultado de mierda, compadre. ¡Vamos a meterles otro!

—¡Pero claro, don Coso! —le dije, porque ya me había mimetizado con el lenguaje del técnico, que gritaba y gritaba desde el boliche.

Se hace el lateral y el Gabo disputa la pelota, la gana. Avanza hacia el arco, le salen tres y hace una bicicleta tan espectacular que deja a los contra mirando la fiambrera como gansos de Cuadra... La bicicleta viene de arriba, cabeceo el balón, se lo

pongo cuatro metros delante — ¡Bruta pared!— y Coso, que venía en carrera, lo mata con el empeine derecho y corre dos o tres pasos, dominándolo con la pierna izquierda. Lo marcan dos. Amaga para ambos costados. Mueve lateralmente la pierna con la cual lleva la pelota y despista a los marcadores. Se da cuenta que acompaño por el otro lado, él amenaza al arco, pero me la pasa. Se la devuelvo por la misma y el Gabo queda solo frente al arquero. Indica con todo el cuerpo que le va a pegar, el arquerito vuela para tapar y el Gabo — ¡Grande Maestro!— no remata, sino que entra caminando en dirección al gol. Ve que estoy contra el palo y me pregunta: “¿Querés hacerlo?” Yo le hago señas que no y el Gabo empuja la pelota al fondo de la red.

Ganamos dos a uno a *Los Lagartos del Médano*, con dos goles del colombiano. Después, como corresponde, vino el festejo en el boliche. La tarde se alargó entre comentarios y risas, hasta que apareció El Dios con el auto reparado. El colombiano dijo que debía continuar su viaje y se despidió.

Lo bueno de aquella tarde fue que ganamos bien y *Los Lagartos* quedaron calientes, como siempre.

Lo malo de aquella tarde fue que Gabriel García Márquez no quiso aceptar la titularidad en nuestro equipo, a pesar de las tentadoras ofertas que le hicimos... ¡Increíble!

(Nota sobre el relato elegido: Hay una historia de amor bastante conocida entre García Márquez y la República Argentina. Los editores de México y de Colombia habían rechazado el enorme manuscrito de su obra cumbre, *Cien años de soledad*, hasta que Mercedes Barcha, la

esposa, le aconsejó que lo enviara a Buenos Aires. La anécdota circula en las redes, contada por el mismo autor: las finanzas familiares eran pésimas y debieron empeñar un electrodoméstico para conseguir fondos. El texto era tan pesado y tan caro su envío, que debieron fraccionarlo en dos y remitir solo trescientas páginas. Cuando los Márquez llegaron a casa, descubrieron que no habían despachado la primera parte de la novela, sino el final. “¡No van a entender nada!”, dijo Mercedes y ambos comenzaron a reír. Sin embargo, Paco Porrúa, entonces director de la poderosa Editorial Sudamericana, no necesitó más que esas páginas finales para advertir que estaba ante una verdadera obra maestra. García Márquez había encontrado editor y el camino hacia la gloria literaria.

Debo consignar dos cosas: a) Lo que conté más arriba ocurrió en el año 1967; b) A Gabriel García Márquez le decían Gabo. Cuando se hizo famoso y millonario, pasó a ser mundialmente conocido como “el” Gabo. Estos dos datos interesan porque Luisito Luján lo conoció con ese nombre y en esa época, en un potrero de Ceibas, mientras jugaba un partido de fútbol con los amigos. ¿Ocurrió de verdad el encuentro? Por supuesto que sí. La literatura es una cuestión de fe y yo creo, sin dudarlo, en la veracidad de la historia.

Luis Luján fue mago, cantante y bibliotecario. Como tal, trabajó en el Instituto Magnasco, donde solía encontrarse con su amigo Martín Pucheta y ambos jugaban picaditos entre los anaqueles y estantes de libros tan infantiles... como ellos.)

Déjenme en la biblioteca, por favor

Por Martín Pucheta

A Luis Luján

Si ya no puedo responder a la demanda,
si me ven moribundo o apagado,
no me dejen en la puerta del sanatorio,
déjenme en la biblioteca, por favor.

Si ya se están por no reír y por asquear,
si el empacho se les sube a la cabeza,
¡traíganle,
traigan el centímetro a la abuela y que los mida!
¡Traíganle!, y la abuela les eructa el fantasma,
¡traigan al centímetro una abuela!

Me pasó con la linda Štěpánka.
Nos levantamos y me dijo "¿por qué
no nos casamos, si nos llevamos así?"
"Tás loca", me salió y sorbí con ruido el té.
Salimos en remís y me dejó
en el "Mañasco". Algún mensaje
más intercambiamos a distancia
pero ya no nos vimos. Y pasa:
despertamos del otro.

Lo cuento porque siempre agrego,
o saco una palabra, o rebajo con sentido
del mal lo que llaman lo poético
como si fuera la vacuna
de esa cepa, en este invierno.

Aunque la rabia o la vergüenza les gane,
solo escuchen mi última palabra:
"biblioteca,
biblioteca..."

Es ahí, en el extremo me centro
para buscar y esperar. O patear
con el Luis en el rincón para niños
donde hay alfombra para el vuelo.
Entre los libros el muerto
se le ríe al degollado.

Así que a contrazar diría,
aunque el antojo final es del tiempo:
si ya cuelga mi ángel del suero,
si mi sombra ya mancha mi sangre,
no me dejen al umbral del sanatorio,
déjenme en Camila Nieves, por favor.

Arrójenme entre los libros
apedréenme con libros
emparédenme con libros
tápenme con libros
quémenme sin otro
contexto que el texto,
consexualícenme,
librenme así, a mi libro albedrío,
arrójenme por un túnel de vocales,
silbando bajo por los poros
erógeno de hormigas,
soltando como esporas
la nieve de los puntos suspensivos.

Me pasó con la linda Štěpánka.
Caer en tentaciones
que me habitan con su hábito.

Si ya no puedo responder a la demanda,
traigan un centímetro, una abuela y escuchen:

"biblioteca,
Campito—biblioteca..."

(de Podría haber sido un haiku)

Que lo tire Tatucita

Por Oscar Blanc

Nadie que haya pasado por la Escuela primaria se salva de portar un apodo o alias o apelativo o como se llame. Alguno cariñoso. Otro diminutivo. Aquel otro familiar. Muchos obvios. Casi todos grotescos o despectivos. Goyito era el hijo de Goyo. María, de cejas ausentes, fue bautizada María la Pelada. Sandunga era un gringo macizo como unas masas de chocolate de esa marca. Rifle, un flaco esquelético. Patapata calzaba el cuarenta cuando iba a tercero. Aurora, una gordita de busto incipiente tenía que ser la Vaca Aurora necesariamente, en un principio, para terminar siendo la Vaca, a secas. Miriñaque era especialista en “trancadillas” cuando se te apareaba. Para una morochita hiperkinética se ligó el mote de Catanga Eléctrica. Algún Cacho. Y así...

A mí me tocó ser “Perico”, curiosa conjunción de oraciones del libro “Abejitas” y largos recreos de partidos de hacha y tiza: “Perico juega en mi equipo. Perico va al arco. Quiero ser arquero como Perico. Federico es su amigo. Si le hace un gol, Perico no se enoja.” Y como yo era el arquero que siempre se disputaban los grandotes devenidos en capitanes que “saltaban y pisaban” para elegir los jugadores (“pan y queso, pan y queso...”) terminé siendo Perico como sinónimo de ir al arco.

Pero nadie más emblemático que Tatucita.

Era el cuarto hijo varón de una familia muy pobre. Hasta que dejó la escuela sin pasar de segundo grado, cuando cumplió quince años, no conoció calzado de ningún tipo. Desde que empezó a caminar, salió con sus hermanos siguiendo los cinco galgos con los que perseguían las liebres de toda la Colonia San

Jorge, en los confines del Departamento Villaguay (donde estaba ubicada la escuela). El cuero para vender. Las proteínas para la olla.

Siempre en patas. Se le fue haciendo una dureza que empezaba en el talón, continuaba en la planta del pie y se prolongaba en los dedos. Invierno y verano, siempre en patas. Las plantas de los pies parecían el caparazón de un tatú. Consecuencia: hasta el Director de la escuela lo llamó por el apelativo. Perdió el apellido. Olvidé el nombre. Fue Tatucita, marca registrada pa' todo el mundo.

No le interesaba demasiado jugar a la pelota, pero como los varones que no jugaban eran mal vistos, se entreveraba... Eso sí, el esquema táctico del cuadro que le tocara tenía una particularidad. Cuando su equipo defendía el arco sur, jugaba de marcador de punta derecho; si le tocaba el cuadro del arco norte, puntero izquierdo, seguro. La razón era utilitaria y contaba con el consentimiento de todos los jugadores: en el lateral derecho del arco sur había un manchón de plantas espinosas (abre-puños, cardos, manca-caballos, tutías, caraguataes y otras especies botánicas despreciables); cuando la pelota se metía ahí, sólo Tatucita, en patas, la reincorporaba al juego. Como puntero izquierdo era temible. Metido en el espinal, se arrimaba al arco, haciéndole sombreritos a los abre-puños. Al llegar al límite de la zona de exclusión la empalaba y, de bolea, sin marca personal te mataba a pelotazos. Tanto que hubo que ponerle una condición: si no era gol o córner, la tenía que ir a buscar él. Normalmente la pelota era maciza o de goma, rayada blanca y roja, y por lo tanto los cañonazos de Tatucita iban como a cien metros, hasta que se amansaba en el zanjón de la calle abandonada. ¡Y que vaya corriendo porque se nos iba el recreo en la recuperación del balón!

Pero por lo común no participaba de entreveros, discusiones

o peleas. Él cumplía y cuando se mandaba un pique —de “cuatro”, atacando hacia el arco norte— por la línea de cal (imaginaria) lo hacía como entrenándose para correr la liebre, mañana.

Hubo un día especial, de emocionantes estrenos con el que Tatu-cita se incorporó a mis recuerdos de infancia para siempre: 1º) Ese día teníamos pelota de cuero. De tientos. Que por pinchadura de último momento lucía, en reemplazo de la cámara, una vejiga de cordero. 2º) Estrenábamos postes de ramas de paraíso, más o menos rectos, con una piola que hacía de travesaño, una cuarta más arriba del brazo extendido del arquero (el cambio de arquero implicaba el cambio de altura del travesaño); y 3º) Hicimos algunas mejoras: a) habíamos marcado las líneas perimetrales, más parecidas a camino de hormigas que a línea de cal (pero se ponía fin a las interminables gambetas “hacia afuera”, que muchas veces sólo terminaban con la campana); b) dibujamos el círculo central, bien ovalado, alrededor del viejo hormiguero abandonado, corrido fuera de la línea entre los arcos, repartiendo desigualmente la cancha y atravesado por la línea divisoria, que hubiera sido la envidia de Parkinson; y c) le hicimos dos hermosas medialunas a las áreas chicas, culpa de carecer de asesores apropiados y no poder ver los partidos por televisión (porque no había).

Vale una aclaración: casi, casi, tuvimos referí. En efecto, el agente Floro Ruiz, encargado del Destacamento, tenía un silbato, provisto años antes, cuando era milico de pueblo; al enterarse del evento ofreció sus servicios para impartir justicia en el partido inaugural. Lamentablemente no pudo ser; una de las cuatro hijas que iban a la escuela —la mayor, apodada “la Miliqui” (la progenie se componía de seis femeninos, ningún masculino)— llegó ese día con una nota, redactada en castellano policial, donde el servidor del orden pedía disculpas por no concurrir ya que la noche

anterior, el pito se le quedó afónico porque el porotito —tal vez achicharrado por falta de uso— voló del adminículo y resultó infructuoso el rastrillaje efectuado por toda la familia para localizarlo. Explicaba finalmente que “...*al no tener respuesta...*” corría el riesgo de que el partido se le fuera de las manos por carecer del elemento esencial de todo árbitro que se precie, “...*y no queria berse en la obligasion de tener que yebar detenido algún alumno por faltarle el respecto a anbas inbestiduras...*”

Así que el reglamento seguiría bajo el imperio del consentimiento general y, sobre todo, del “primer grito vale”; si apareciera en la dinámica del juego alguna situación no prevista, se sometería al juicio del sentido común y pasaría a integrar la elástica ley de juego. Por las dudas se reiteró la abolición del orsay, ya que las bizantinas discusiones sobre la letra, el espíritu y, muy especialmente, la interpretación del diabólico invento inglés nos habían consumido recreos enteros (mucho, pero mucho tiempo después, me enteré que el sustantivo que identificaba el “fuera de juego” era sinónimo del offside que siempre aparecía en las crónicas deportivas del diario “Democracia” de los lunes).

Un pequeño inconveniente de último momento, obviado por aclamación: dos cascos descosidos le dibujaban un siete a la número cinco. Dada la expectativa, por las inauguraciones, la vejiga fue inflada y luego arrojada la pelota al aire. Como dio dos piques más o menos aceptables (para el gusto de los capitanes que dictaminaron bajo presión) el partido se jugó.

Era el “recreo largo”, pero anticipado, a la entrada, porque las emociones no podían esperar. Las maestras y las mujeres —las “niñas”— hicieron de público para darle color a las múltiples novedades. Por acuerdo general (director incluido) se jugarían dos tiempos de veinte. Ese que estaba por comenzar y otro, en la

última hora. Y que los que pierdan se vayan calentitos.

Tuvimos que abrir el libro de pases, como medida excepcional, ya que se incorporaba justo ese día un chico proveniente del Preseminario de Concordia que dijo llamarse Atilio. Mientras lo interrogábamos, lo relojeábamos. Era un tapado pero iba a sexto, tenía “espores” (nosotros, cuando mucho, zapatillas de suela que te hacían patinar tupido); si jugó en Concordia debe saber algo más que nosotros... Eso entre los pro. Como contra: que parecía vergonzoso, apichonado...

¿Y para quién juega, ahora que tenemos los cuadros armados...?

Finalmente, Pelopincho (que estaba elegido para el cuadro mío) le dijo al oído al capitán contrario la precisa: *“Lo echaron porque extrañaba mucho. Vivía llorando. Todas las noches se meaba en la cama. Los curas se cansaron de ponerlo en penitencia y los llamaron a los padres que se lo traigan...”* Con esa novedad el capo contrario, rápido él, ofreció el trueque:

—Que Tatucita juegue para nosotros y “el Cura” para ustedes—. Y ahí nomás lo bautizamos al nuevo: “el Cura”.

Yo atajaba en el arco norte, con viento a favor. Al Cura le di órdenes tácticas:

—Vos jugá de centrojás. Del hormiguero del medio, diez metros para atrás y diez para adelante, ¿sabés?

Ya en los primeros cinco minutos de juego, intensos y disputados, aparecieron en escena las innovaciones. Un saque de costado hecho como Dios manda, a favor nuestro, permitió que el Carretilla, de sobrepique, hiciera carambola y palo. El poste derecho se estremeció, se ladeó un poquito y nos quedamos con el primer “casi gol” de la nueva era.

En ese momento, comprendí, como otros futboleros habrán

entendido, antes y después, que la Diosa Fortuna, como una invisible titiritera, aparece en la cartelera de todos los partidos. “...Y la actuación especial de... LA DIOSA FORTUNA.” La divinidad se corporiza en un mal pique, en el efecto impensado, en la pelota que no dobla. Pero sobre todo se presenta, sonriente, en el tiro en el palo. Sonrisa cómplice con los beneficiados. Burlona para los damnificados.

Para que parezca más un partido en serio, iban como quince minutos y el marcador cerrado. Las defensas superaban a los ataques. Se presenta una situación muy favorable para nosotros: por un mal pique y error de cálculo, Tatucita hace una mano, casual pero muy alevosa, acompañada de fulazo a la altura del bajo vientre...

—¡Que lo tire el Cura, que lo tire el Cura! —pedía la popular. Ante la general aprobación, el nuevo acomodó la pelota. Dos metros más atrás (por lo visto en Concordia era igual el reglamento: para atrás todo lo que vos quieras) y en la alturita de un hormiguero abandonado (no el central; otro, ya que pululaban en la Escuela). Nadie se quería poner en la barrera. El arquero de ellos no sabía dónde ubicarse, iba de un palo al otro. No renunciaba para no pasar por cagón. “¡Atento Fioravanti! Si no la levanta demasiado, golazo”.

Se puso medio atravesado como para darle de empeine. Después se corrió otro poquito para atrás y se acomodó recto como para darle de punta y hacha. Picó demasiado fuerte, las zancadas demasiado largas; al llegar a la pelota —por exceso de responsabilidad, tal vez—, le quedó fuera de distancia. Consecuencia: le pegó tremenda patada al tacurú, que reventado como por una granada le llenó la cara de tierra. Voló la zapatilla, que se rajó, mientras la pelota rodaba, apenas su circunferencia, poniéndola en juego.

Nuestro cañonero quedó desparramado, mirándose la rodilla que asomaba a través de la falla del Topeka. Los contrarios y las mujeres se mataban de risa. Nosotros, claro, lo puteábamos.

Y se vino el contra-ataque. Le saqué a duras penas el cabezazo (el gol de cabeza valía cuatro) a “Gorriti”, por encima del travesaño de piola; pero fue indudablemente arriba, poniendo fin al cálculo estimativo y tendencioso de si fue gol o afuera. Viene el córner... Amontonamiento. Jugada confusa en el área. Revolcones...

—¡Penal! —gritan ellos, en simultáneo, brazos arriba, como implorando al referí ausente.

—¡Casual! —respondemos nosotros, a coro, con convicción y rima fácil.

Reclamos. Puteadas. Manotazos. Deliberaciones. Amenazas (de retirar el cuadro, unos; de requisar la pelota, los otros). Conciliaciones. Acuerdo final: en lugar del dudoso penal reglamentario, tiro libre sin barrera, con fila doble. Y que lo tire Tatucita.

Aquí debo aclarar que el muy elástico reglamento que utilizábamos tenía contemplados tres tipos de tiros libres: a) El tipiquísimo penal, once pasos contados por el más largo de los que sufrían la ejecución. b) Tiro libre con barrera (aunque sea a dos metros de arco, con todo el cuadro que defiende metido en la línea aguantando el pelotazo). c) El tiro libre con fila doble. Éste funcionaba así: la pelota se ponía a quince pasos del arco, en línea recta a la meta; la redonda era la punta de un vértice, y los jugadores, mezclados, se repartían hasta la línea de ambos postes haciendo los lados de un ángulo de cuarenta y cinco grados. Si había rebote se armaban unas montoneras infernales, que casi siempre reiniciaban el círculo vicioso de trompadas, insultos, deliberaciones, acuerdos. Y nuevo tiro libre con fila doble.

Y ese día, como una concesión especial para posibilitar la conti-

nuidad del juego, que lo tire Tatucita.

Nunca había tirado uno porque, en general, era un derecho adquirido del que sufría la infracción, y como él jamás se metía en los entreveros definitorios se desconocía su potencial como shoteador. Lo que se dice un tapado.

Viento fuerte en contra. Pelota descosida. Por la hernia asomaba la vejiga. La pancita provocativa, le marcaba el centro. Él, hipnotizado, ni pestañaba. Suspenso. Respira hondo y, de paso, aspira los mocos viscosos, ambarinos, con los que alimentaba la sinusitis crónica que lo acompañaba desde la cuna que nunca tuvo.

Y toma larga carrera. Me parece que lo veo venir. La mirada fija en la pelota. La pelota en la alturita. Yo flexionando para distraerlo, pero nada. Empecé a pedir un milagro: *“Que tropiece, que patine, que se pellizque los meniscos, que le dé pifia, que la tire a la mierda...”* Y le entró. De puntín.

Los entendidos comentaban, después, que se escuchó “como un tiro de rifle veintidós”. La globa remontó, haciendo una rara trayectoria. Pasó sobre el mínimo travesano emitiendo un extraño silbido. Cuando cayó, en vez de picar hizo patito en la tierra dura.

Y cinco metros más allá expiró.

Los que fueron a buscarla, la auscultaron y deliberaron. Vinieron con los despojos y el diagnóstico: Tatucita, con la uña invicta, jamás cortada, de ese dedo gordo pétreo, le había pegado un puntazo mortal.

Desde ese día, agregamos un nuevo artículo al derecho consuetudinario de los partidos de la Escuela: Tatucita quedaba inhabilitado, de por vida, para patear de puntín.

El patadura de la familia

Por José Luis Pereyra

—¡Luis, cubrí esa pelota! —gritaba mi viejo, desesperado. Él era el Director Técnico de nuestro equipo sub 10, o sea, una división infantil de Pueblo Nuevo donde ninguno de los jugadores superaba los diez años. Íbamos perdiendo dos a cero, faltaban quince minutos para terminar el partido y quedar descalificados.

¿Cómo fue que a mi padre se le ocurrió incorporarme como titular, habiendo mejores jugadores que yo en el banco de suplentes? Porque una vez, jugando contra él y Rubén, yo hice un gol antológico: recibí un centro de Juancito, uno de mis hermanos menores, paré la pelota con el pecho, la elevé y, antes de que tocara el suelo, la dirigí con el empeine hacia el arco rival, que estaba a mi espalda. Fue una hermosa media chilena. “¿Sabés lo que acabás de hacer?”, preguntó mi viejo asombrado. “¿Fue gol?”, pregunté ante la duda de que fuera inválido pues, según papá estuviera en el bando ganador o perdedor, las reglas del fútbol hogareño eran algo fluctuantes y contradictorias. “¡Fue un golazo, Luisito. Un golazo!”, dijo. Y desde entonces creyó que su hijo era un “tapado”, un talento oculto que algún día saldría a la luz, se convertiría en crack y jugaría en la primera de River Plate, el club de sus amores.

Pero mi padre no comprendía que yo me animaba a realizar esas jugadas y otras más “peligrosas” aún, porque me encontraba bajo el amparo de la dulzura y la suavidad familiar. Allí imperaba la *pax pereyrensis*, la paz de los Pereyra, fundada en la regla áurea de no agredir, no lastimar, no romper, no quebrar ni mutilar. Tal garantía constitucional, tal precepto —que se debía menos a una consideración humanitaria, que al alto costo de la atención

médica, inaccesible para la siempre flaca economía familiar— era muy apto para mi lucimiento futbolístico. Papá no comprendía que, para mí, una cosa era jugar en el blando patio de casa, con él y mis hermanos y otra, muy distinta, era hacerlo en una cancha “oficial”, defendiendo los colores de un club, compitiendo por un trofeo y el campeonato. En estas circunstancias —bajo el sortilegio del par de botines con tapones, pantalón corto y una camiseta— mis inocentes y amables compañeritos de escuela, se transformaban en tipejos despreciables, en hijos y nietos de *mr. Hyde*, dispuestos a patearte los tobillos, aplicarte una parálitica en los muslos, cabecearte la nuca, escupirte cuando vas a disputarles la pelota, darte codazos que podían quitarte el aliento, meterte los dedos en los ojos o pegarte con el dorso de los dedos en los testículos. En esas condiciones, mis adversarios no entendían un pepino de la *pax pereyrensis*, sino que se convertían en verdaderos psicópatas asesinos.

“Cubrir la pelota” significaba poner el cuerpo delante de ella, para protegerla del rival, para que no te la quiten ni te conviertan un gol. Esa orden que mi padre repetía como un desaforado —porque los adversarios amenazaban con llenarnos el arco—, revestía para mí un trascendental concepto filosófico: la pelota era, en ese contexto futbolístico, algo vital. Preservar el balón, la globa, el esférico era, en esencia, más importante que resguardar mi propia integridad física. Yo no pensaba lo mismo que mi entusiasta progenitor: la pelota estaba concebida para resistir patadas, pisotones, cabezazos, rebotes contra el piso o las paredes; en cambio mi cuerpo era más frágil y no aceptaba ninguno de esos maltratos. Además yo —conjunción de alma, cuerpo y espíritu— era único y valioso, mientras que las pelotas valían poco y las había a montones, como repuesto, en el galpón del utilero, por si

la que usábamos se pinchaba o descosía.

—Cagón, maricón —gritó uno de mis compañeros, cuando el delantero del equipo contrario amenazó con pegarme un voleo y yo me hice a un lado, dejándole la pelota servida.

A los nueve años, yo ya estaba enamorado de Betty Cavaignac, mi maestra de cuarto —lo sigo estando todavía— y soñaba cálidos romances con tres o cuatro de mis compañeritas del aula. Sin embargo, a fuerza de escuchar ese tipo de comentarios, llegué a dudar de mi propia virilidad e inclinación sexual.

¿Era yo un cobarde, como sostenía mi coequiper? No, señores. No era un pusilánime, pero tampoco un estoico. Yo era un filósofo más bien racionalista. Mientras los demás recorrían el campo de juego, yo usaba mi raciocinio de esta manera: ¿Por qué estábamos jugando, cuál era el premio para el ganador? ¿Un mísero trofeo de aluminio y plástico o una medalla de metal barato que el Club Pueblo Nuevo compraba por chirolas y tenía almacenados para entregar al primero, segundo y tercero de cada categoría infanto-juvenil? ¿Para qué tanta fatiga y lucha, si todos recibiríamos, al final, el mismo premio? ¿Y cuánto valía una placa radiográfica, los gastos de internación, los analgésicos? Analgésicos que, ¡horror de horrores!, generalmente se inyectaban y siempre fui belenofóbico, es decir, le tuve pavor a las agujas. También tenía en cuenta los días que debía guardar reposo con el pie o la pierna fracturada. ¿Alguno de ustedes debió padecer, con un brazo enyesado, durante cuarenta días de pleno verano? Yo sí. Por eso es que, con menos de diez años, ya era capaz de establecer la diferencia entre costo-beneficio y esta indicaba que era mucho más redituable ceder el balón que salir lastimado.

Yo no era tan buen jugador ni sería tan arriesgado como el ruso Rubén Piccini, el panadero, quien en otro campeonato, en un

acto de tremenda e irreflexiva valentía, se arrojó barriendo el pasto para robarle la pelota al enemigo y no vio el vidrio filoso que sobresalía de la tierra. No quise mirar el colgajo de carne y sangre que sobresalía de su pantorrilla. “¡No quisiste verlo porque te desmayaste, salame!”, dijo Rubén, mi hermano mayor, que estuvo conmigo ese día y siempre se empeñó en refrescarme la memoria.

—¡Cabeceala, Luis! —gritó papá, refiriéndose a la pelota que venía girando como un trompo, furiosa, hacia mi posición. La ortodoxia futbolera indica que la globa debe ser cabeceada con los ojos bien abiertos, para poder darle “direccionabilidad” (sic) al pase o al disparo hacia el arco contrario. Quise hacerlo, pero no tuve en cuenta el sol de frente. Recibí el balón con los ojos bien cerrados, me pegó en la nariz y activó mis lagrimales.

—¡Ni cabecear sabés, infeliz! —dijo Pedrito Aranda, el mismo compañero que me había verdugueado antes—. ¿Le tenés miedo a la pelota, le tenés?

En realidad no le tenía miedo, sino respeto. Las pelotas de antes no eran como las de ahora, livianitas, de “cuero plastificado”, impermeables. Las de antaño eran gigantescas y pesadas, de verdadero cuero vacuno cosido a mano y, para preservarlas de la humedad, se las untaba con grasa a la cual se le adherían todas las inmundicias habidas y por haber en el campo de juego, desde los escupitajos y los mocos de los jugadores, hasta la bosta de las vacas que habían cortado el pasto oficiosamente antes del partido. Sobre la contundencia y composición química de esas viejas pelotas, tuve una experiencia traumática a los tres años. La cuento: ese día, mi viejo jugaba en la cancha de Pabellón Argentino, un club de la liga amateur que estaba a la vera del arroyo Munilla. Mientras papá derivaba aburridamente de un lado a otro de la cancha,

yo estaba echado de panza sobre el pasto, mirando algo más entretenido que el partido. Mi interés infantil se había desplazado desde las nubes y sus caprichosas formas, hacia el vendedor de tortas fritas y el exquisito aroma que desprendía su canasta de mimbre. De repente escuché el taponazo y un grito de advertencia: “¡Guarda, gurí!” Entre tantos niños que había en la cancha, ¿cómo iba a imaginar que el aviso era para mí? Apenas logré incorporarme, cuando vi que algo negro y redondo venía hacia mis ojos, los cerré y llegó el impacto. Comprendan: yo era un chiquilín y el jugador, un robusto muchacho de veinte años que había pateado la pelota con toda la energía de su juventud. Semejante golpe podía inculcar respeto al más pintado.

Sin embargo, mi “pase de nariz” no fue tan infortunado, sino todo lo contrario: uno de mis compañeros, Pedrito Aranda, seguramente —recuerden que además de aturdido, yo no veía nada porque tenía los ojos llenos de lágrimas—, evitó que la globa se fuera por el lateral, la trasladó varios metros y tiró un pase espectacular a mediana altura. Nuestro delantero la embocó en el arco rival con, esta vez, un genuino y certero cabezazo de palomita. Mi padre festejaba el gol como si fuera un demente. No era para menos: ahora íbamos dos a uno.

Envalentonado por el golazo que, mal o bien, contribuí a convertir, fui a buscar el rebote de un contrario que había sacado desde el medio de la cancha, me quedé con la pelota, la dominé, eludí a mi adversario con una gambeta y enfilé hacia el arco rival. Recuerdo que mi viejo corría a la par —si el reglamento lo hubiera permitido, él habría entrado para convertir el tanto—. El pobre hombre se salía de la vaina y no era para menos. Quedaban uno o dos minutos para terminar el partido y yo enfilaba hacia el campo enemigo con destino de gol. El gol del empate y la clasificación.

Mi padre estaba al borde del colapso nervioso: “¡Tirá al arco, por Dios!”, gritaba. “¡Tirá al arco, Luis!” Y quise hacerle caso, pero cuando estaba a punto de fusilar al guardavalla, un defensor me tapó el arco. Lo esquivé con otra gambeta, quedé con mal perfil para el remate, pero dentro del área y con la pelota en mis pies. “¡Buscá la falta, Luis. Buscá la falta, por favor!”, rogaba el DT. “Buscar la falta” significa, provocar que un jugador rival te cometa una infracción. Como yo estaba dentro del área de ellos, un simple roce significaba penal y empate cantado. Entonces, por el rabillo del ojo, vi cómo el mediocampista contrario se me arrojaba como un loco, barriéndolo todo, con los dos botines hacia delante y los tapones, que también me inspiraban respeto.

—¡Penal, penal! —gritaba mi viejo, mientras nuestros niños suplentes se le colgaban de cuello y brazos para contenerlo.

—Quite limpio —sentenció el árbitro—. Ni siquiera lo tocó.

Y era verdad. En lugar de dejarme masacrar en beneficio del resultado, yo había saltado ágilmente, casi con elegancia, para evitar la furia homicida del adversario. La pelota había salido por la línea de meta y yo —en lugar de estar revolcándome como un inválido o fingir una lesión como si fuera un actor consumado—, estaba corriendo, evidentemente indemne, para ejecutar el córner. Mi padre, todavía contenido por todo el banco de suplentes y el juez de línea, seguía gritando: “¡Jugada peligrosa, Referí. Penal, penal!” Pero el árbitro no le hizo caso y ordenó seguir la jugada. Apenas deposité la pelota en la esquina y quise mandarla al centro del área lo más rápido posible, el referí miró el reloj, pitó tres veces con su silbato y sentenció el final del encuentro. Ya nada podía hacerse, habíamos perdido dos a uno.

Me disgustaba el resultado del partido, no lo niego. Sin embargo había logrado algo muy importante: a excepción del dolor en mi

nariz, yo jugué el partido completo, como titular, y había resultado libre de todo daño. Permanecer incólume, quedar sanito, sanito, luego de haber participado en un violento encuentro de fútbol suburbano de aquella época no era moco de pavo. Sin embargo la furia de papá no tenía límites, en lugar de elogiar mi honestidad deportiva durante los últimos segundos del partido, decía: “¿Qué te costaba darnos un penal? ¿Por qué no te quedaste tirado en el suelo, haciéndote el muerto o el quebrado? ¿No entendés que la picardía también forma parte del fútbol, salame? ¡Era un penal cantado, un penalazo soñado, en el último minuto y no lo aprovechaste, Dios mío!” Y repitió lo mismo unas veinte veces, durante el largo camino hacia casa.

—¿Cómo les fue? —la pregunta de mamá era totalmente innecesaria. Solo bastaba con verle la cara al viejo para saber el score del doparti.

—Este es un p... —intentaba articular el pobre hombre, señalándome a mí—. Este es un flor de p...

Mamá le había prohibido, terminantemente, decir groserías y malas palabras, porque era un mal ejemplo para mis hermanos menores. Por lo tanto el viejo tenía su facultad expresiva algo censurada. Su ofuscada mente se debatía buscando sinónimos, eufemismos, metáforas. Al fin logró encontrar algo aproximado a lo que quería decir y se desahogó:

—¡Este gurí es un flor de patadura!

Esa “p” oclusiva, bilabial, pronunciada con tanta ira, connotó en mis oídos otros significados muchísimo más hirientes. Puse ante mi santa madre la mejor cara de víctima que pude lucir. Entonces ella, para calmar a mi padre dijo:

—No lo presiones tanto, Tito. Por ahí tenemos suerte y, en lugar de futbolista, el nene nos sale intelectual.

AUTORES QUE PARTICIPAN EN ESTA ANTOLOGÍA

MANUEL SALVADOR PEDRO ALMEIDA: Nació el 04/12/1915 y falleció en Gualeguaychú el 26/07/2004. Fue Maestro Normal, ejerció como docente en los tres niveles y fue director de la Escuela Nacional 177. Sin embargo, su gran pasión fue la arqueología, a la cual dedicó cuarenta años de su vida. Aunque fue un arqueólogo amateur, realizó sus trabajos de campo con tanta responsabilidad, rigor científico y dedicación, que actualmente es reconocido y aceptado por los “académicos” de esa ciencia, por ejemplo, el Dr. Mariano Bonomo, del Conicet y la Universidad de La Plata, en su libro *Historia Prehispánica de Entre Ríos*, cita a don Manuel como autoridad en el estudio de tres yacimientos: *Estación 32*, *Mendisco* y *Paso Paysandú*. A él le debemos el Museo de Ciencias Naturales y Arqueología que lleva su nombre.

JOSÉ S. ÁLVAREZ (FRAY MOCHO): (Gualeguaychú, 26/08/1858-Buenos Aires, 23/08/1903). En su breve vida, alcanzó publicar los siguientes libros: *Esmeraldas* (1882), *Memorias de un vigilante* (1897), *Viaje al país de los matreros* (1897) y *En el mar austral* (1898). En este mismo año fundó y dirigió la revista *Caras y caretas*. De manera póstuma, sus colegas publicaron *Salero criollo* (1906). El investigador gualeguaychuense Pedro Luis Barcia publicó, en 1979, Fray Mocho desconocido, un libro donde se reúnen nuevos textos y se aporta, a mi entender, la mejor biografía del autor. La provincia de Entre Ríos ha instituido, en su

honor, el concurso literario anual Premio Fray mocho, la más alta distinción para los escritores entrerrianos. En 2021 se inauguró la Casa Museo de Fray Mocho y la Rodolfo A. García Editora publicó una compilación de sus escritos llamada *Fray Mocho Remix*.

OLEGARIO VÍCTOR ANDRADE: Nació en Alegrete, Brasil, el 06/03/1839, donde sus padres emigraron por razones políticas. La familia regresó a Gualeduaychú cuando Olegario tenía seis años. Aquí vivió su infancia y juventud. Al quedar huérfano, recibió la protección del General Urquiza, quien costó sus estudios en el Colegio de Concepción del Uruguay. Con su poema *Mi Patria*, dedicado a Urquiza, nuestro vate obtuvo su primer reconocimiento literario, luego vendrían otros más por *Nido de cóndores*, *Atlántida*, *Prometeo*... Como periodista combativo (contra Mitre y Sarmiento), conoció la cárcel. Luego contó con el apoyo del presidente Nicolás Avellaneda y llegó a ser, en dos ocasiones, Diputado Nacional por Entre Ríos. Murió de un ataque cerebral, en Buenos Aires, el 30/10/1882, apenas tenía cuarenta y tres años.

JIMENA ARNOLFI VILLARRAZA: Nació en Buenos Aires, en 1986, pero está radicada en nuestra ciudad, donde trabaja como periodista y locutora. Como tal, conduce su programa “Radio Cuaderno”, en Radio Nacional. Hasta el momento ha publicado los poemarios: *Todo hace ruido* (2013), *Metafísica* (2015), *Hay*

leña (2017), *Defensa personal* (2018, en edición bilingüe) y *Campamento de supervivencia* (2021), que integra la “Biblioteca Ni Una Menos”, proyecto que reúne 400 libros feministas editados en Argentina durante el s. XXI. Sus poemas han sido traducidos al italiano e integran numerosas antologías: “Otros colores para nosotras. Poesía contemporánea de mujeres argentinas” (2018), “Antología Federal de Poesía” (2018), “El trabajo y sus historias” (2019), “Martes Verde Federal” y “Flotar”.

OSCAR BLANC: Nació en San Jorge, Villaguay, pero vive y ejerció su carrera como docente (profesor de Historia), autor y director de colegios, en Gualeguaychú. Publicó: *Cielos viejos* (2009, relatos); *Calicho Gamarra en la tragedia del Sandoval* (2018, ensayo). Ha participado en diversas antologías como: *Recetas con historia* (2005, donde obtuvo el primer premio dado por la Facultad de Bromatología); *Crisol literario* (2006, Córdoba); *Poesía y Cuento – Premio Nacional de Literatura* (2008, Tres de Febrero, Buenos Aires); *Encuentro Nacional de Narrativa* (2009, Bialeto Massé, Córdoba); *Antología del humor entrerriano* (2009); Gualeguaychú: *Fragmentos de su historia* (2011); *Antología de cuentos de la Argentina de hoy* (2014); *La madre de sus propias obras. Historia de los Bancos Privados de Gualeguaychú* (2018).

SUSANA BUGNONE: (Gualeguaychú, 14/09/1944) Integrante de Madres de Plaza de Mayo Filial Gualeguaychú y militante por

los Derechos Humanos. Es hermana de Marta Elsa Bugnone Cepeda de Ayastuy y María Elena Bugnone Cepeda de Bonafini, ambas detenidas y desaparecidas durante la Dictadura cívico militar del General Videla y sus secuaces. Como poeta, participó en distintas antologías, como *Flotar, 100 poemas sobre ríos, 100 poetas argentinos* (2020) y otras. Integra el grupo literario y poético *Las Curanderas*.

DARÍO CARRAZZA: (Guauguaychú, 1965) Es abogado (U.B.A.) Durante sus estudios asistió al taller de escritura que en el área de extensión universitaria coordinaba la escritora Susana Szwarc. Integró al grupo Gente de Letras y es socio de la SADE Seccional Guauguaychú. Sus obras son: *Guauguaychú 1921, Apuntes sobre la Cuestión Social* (1988, ensayo histórico), *El punto* (2006, poesía), *Plaza de Muerte* (2011, ensayo) y *El cura sin cabeza* (2017, novela). En 2011 se estrenó en el Teatro Guauguaychú su comedia musical *Estaremos Aquí-La Fundación* y en 2013, en el salón de la Biblioteca Sarmiento, su tripersonal *La Luz –Evo-cación de Guengo Martínez Garbino”*. Colaboró en publicaciones literarias, periodísticas, en radio y televisión.

HÉCTOR LUIS CASTILLO: (Tucumán, mayo de 1959) Reside en Guauguaychú desde 1984. Es Médico, recibido en la UBA, escritor y político. Creo y dirigió la revista Gente de Letras Guauguaychú. Edita el suplemento cultural Signos. Ha publicado: *El*

asilo del Minotauro (poemas, 1988); *Souvenirs del infierno* (relatos, 2007), con el que obtuvo el 2° Premio Municipal de Cuentos Manuel Portela; *4 putas peregrinas* (novela); *Simplemente sangre*, (ensayo). Siglo XXI Colección “Ciencia que ladra”. Premio Siglo XXI/La Nación; *Conversaciones. Una introducción a la filosofía*. (Volumen 1 y 2), con Julio E. Giqueaux. Ed. UCU; *Crear o no creer. La hechicería y los dioses de los hombres*. Ed. UCU; *Crónica de héroes y traidores*. Premio Fray Mocho (2014, novela); *Crónicas urbanas* (crónica); *Diario de sesiones* (ensayo).

PAMELA DE BATTISTA: (Guauguaychú, invierno de 1985) Escribe desde niña y sostiene ese juego. Ha publicado: *Cuaderno para el agua* (Editorial Singular, 2012), *Cuaderno para brujas*, distinguido con el Premio Fray Mocho 2017 de poesía, impreso por Editorial de Entre Ríos (2019) y *Envuélveme* (Editorial Palo Santo, 2022), novela breve que le llevó un largo proceso de escritura. En 2021, recibió el *Premio Antología Entre Orillas* por el poemario *Ibas a llamarte Orfea*. Es madre de Luanda, docente en escuelas secundarias y forma parte de equipos que producen eventos culturales como *Fragua Festival Literario* y el *Encuentro de Escrituras de Mujeres y Disidencias*.

SEBASTIÁN GONZÁLEZ: (Guauguaychú, 1985) Es Maestro Mayor de Obra, editor y escritor. Como tal, ha publicado: *Anota-*

ciones sobre un cuerpo (2019, poesía) y *Alambradores* (novela, 2021), que fue galardonada con el Premio Fray Mocho de Literatura. Algunos de sus cuentos han aparecido en diversas antologías. En la actualidad, lleva adelante el proyecto editorial *Palo Santo*, destinado a publicar obras de autores locales. Los dos relatos que se publican en esta Antología de la Ciudad/2820, *Vaquitas* y “*Urugay*”, son inéditos.

MARCOS HENCHOZ: Guleguaychuense. Licenciado en Historia (UNL), Licenciado en Gestión Educativa (UNTREF), Profesor de Historia y Diplomado en Ciencias Sociales y Educación. Es autor de: *Historia de la Colonia Oficial El Potrero* (2006); *Guleguaychú: Fragmentos de su historia* (2011, Compilador); *Historia de la Escuela Normal Olegario Víctor Andrade 1910-2010* (2012); *Alexandre y Louise, más que una historia de familia* (2012, en coautoría con Claudia Fiorotto); *La revolución de 1943 y el origen del peronismo en Entre Ríos* (2017); *Reforma Agraria durante el primer gobierno Peronista en Argentina* (2018, Düsseldorf, Alemania); *Breve Historia de Guleguaychú. Desde sus orígenes a 1930* (2021) y *Gervasio Méndez. Un naufrago en el mundo* (2022, Compilador).

VANESA JARA: Es profesora de Lengua y Literatura. Trabaja en Aldea San Juan y su quehacer como docente se traslada a una

ferviente defensoría de nuestro patrimonio ecológico. El poema que se incluye en esta Antología, fue escrito luego de un incendio intencional (provocado) en nuestros humedales.

PAULINA LEMES: Gualeguaychuense. Ha publicado el ensayo biográfico: *Contame, don Manuel una vez más...* (2013) y nueve libros infantiles: *La luz mala buena* (2019), *El lobizón desportillado* (2019), *Piratas de agua dulce* (2019), *Piratas de agua dulce para saber más* (2020), *El coludo* (2020), *El viejo de la bolsa* (2021), *El ratón Pérez* (2021), *Historia del domingo siete* (2021), *Amari dul* (2022) y *Canción del mar* (2022). Es Licenciada en Artes (Unsam), Profesora de Enseñanza Primaria y del Área Estético Expresiva de Música. Dirige el Centro Cultural Alas desde el año 2000. Como cantante y compositora ganó el Baradero (2010), el Pre Cosquín en (2018) y el Concurso del Ministerio de Cultura de la Nación (2020), con *Mi canción para la Madre Patria*.

CLAUDIO PATRICIO LENCINA: Este gualeguaychuense es periodista de radio y televisión (egresado de la Escuela Superior de Periodismo y Comunicación Social dependiente de la UNLP). También es diseñador de carrozas y comparsas, muralista, escenógrafo y dramaturgo. Su obra teatral *Juan de la luz y de las sombras*, recibió el Premio Literario Fray Mocho, en 2001 y fue publicado por la Editorial de Entre Ríos.

NEREA LIEBRE: Nació en Gualeguaychú un 13 de junio. Es madre y Licenciada en Ciencias Políticas. Ha publicado: *Cirkótico* (México, 2013, 2018 y Audible, 2020), *Bajo Sombra. Buenos Aires Peregrina* (2016, hay versión en catalán: *Dues noies i un misteri*, publicada en Andorra), *El Club de la Selva* (2016), *Madri-guera* (2017), *Ikizukuri* (2018), *Ciudad Paraíso* (2019), *Argensau-rios* (2021). Es autora del audiolibro *Tiempo de Cuentos* y acaba de presentar *Quebrantahuesos* (2022), novela donde se aborda el tema de los “vuelos de la muerte”. En 2016, el Instituto Cultural Latinoamericano le otorgó en primer premio de narrativa en *Voces Destacadas*. El relato *Operación Rayuela*, cedido para este libro, fue *Premio Antología Entre Orillas 2021*.

SUSANA LIZZI BERTUZZI: Gualeguaychuense, poeta y Profesora Superior en Letras con orientación en Comunicación Social. Publicó los siguientes libros: *La telaraña* (2001, relatos), *Con la boca al rojo vivo* (poesía) y *Los dados de la noche* (2010, poesía y Premio Literario Municipal). Ha participado en diversas antologías literarias como: *Patria de Luz I, IV y X*; *Herencia del agua* (2016); *Calíope desnuda* (2021). Ha recibido premios a nivel provincial y nacional. En 2018 recibió un diploma de honor en el Honorable Senado de la Nación por su aporte a la literatura y la cultura nacional. Ha organizado eventos culturales, como el Encuentro de Escritores Internacionales en Gualeguaychú y otros. Coordina el Taller Literario de la Biblioteca Popular Rodolfo A. García.

LUIS MARÍA LUJÁN: (Gualeguaychú, 27/08/1953- ídem, 05/06/2019) Sus libros son: *Entre Ríos al sur, cuentos regionalis-*

tas (1994 y 2017), en coautoría con Andrés Honorio Casaretto; *A pesar de todo* (1996); *Muerto el Pedro se acabó la rabia* (2005); *Ceibas, tierra grandiosa - Crónicas del País de los Matreros* (2007); *Materia Primitiva* (2013); *La lleva atada al pie. Cuentos y personajes del fútbol suburbano* (2016), de donde se extrajo este relato; *Sobre la palma del tiempo* (2017). El Centro Cultural de Gualeguaychú, Luis María Luján, ubicado en Costanera Sur, le rinde justiciero homenaje.

GERVASIO MÉNDEZ: (Gualeguaychú, 02/12/1843–Buenos Aires, 18/04/ 1897) Sufrió una cruel enfermedad que lo fue paralizando progresivamente hasta dejarlo totalmente postrado durante los últimos 26 años de su vida. Por tal motivo sus contemporáneos lo llamaron “el poeta del dolor”, aunque la nueva valoración de su obra, como la del investigador Matías Armándola, busca superar ese concepto. Méndez publicó *Poesías* (1876) y como la primera tirada se agotó inmediatamente, el libro fue reimprimido y ampliado en 1877. A pesar de su invalidez, fue director de diarios y publicaciones, como *El álbum del hogar*. En 2022, Rodolfo A. García Editora publicó *Gervasio Méndez. Un naufrago del mundo*, donde Marcos Henchoz compiló artículos biográficos sobre Méndez y reeditó su obra poética.

MELINA MONTENEGRO: (Gualeguaychú, 15/02/1993) Es actriz, acróbata, bailarina, docente y escritora. Publicó los poemarios: *Voces punzantes* (2013, Singular Ediciones) e *Intermitencia*

(2021, Editorial Palo Santo). Sus textos integran diversas antologías como: *Choque de Cabezas* (Formosa, 2014), *Tellus Febus Venus* (Buenos Aires, 2014), *La juntada de APOA* (Rosario, 2015), *Diario de cuarentena* (Buenos Aires, 2020), *Antología Internacional Contra Molinos de Viento* (San Luis, 2020), *Antología de microrrelatos feministas* (Universidad Nacional de San Juan, 2020), en el fanzine *Bitácora de un encierro VI y VII* (Paraguay, 2020) y otros. Da clases como profesora de Lengua y Literatura en escuelas primarias y colegios secundarios. Organiza eventos culturales como Encuentro de Escritoras I y II, en esta ciudad.

CARLA OLIVERA: (Guauguaychú, 1985). Es mamá de dos niños, bailarina, profesora de Lengua y Literatura y poeta. Como tal, ha publicado los siguientes libros: *Partición de voces* (2006), *Intemperie* (2014, 2021, Editorial Palo Santo) y *Cacerías* (2021, Editorial Palo Santo, Colección Vertical). Ha participado en diversas antologías literarias y, por sus obras, fue distinguida a nivel local, nacional e internacional. Pertenece al Grupo Literario Las Curanderas, participa en actividades culturales de la ciudad y es coordinadora de talleres para jóvenes y adultos.

JOSÉ LUIS PEREYRA: (Guauguaychú, 1960) Profesor de Lengua y Literatura. En 2016 obtuvo el Premio Fray Mocho por su ensayo *Vida en obra. Una biografía de Isidoro Blaisten* (publicado en 2017). Luego aparecieron: *El papá de Magdalena y otras historias para ablandar la mano* (relatos breves, 2017), *El cuello de*

mamá y la navaja (novela negra, 2017), *De grillos & embajadores* (teatro, 2019, obra seleccionada para integrar el *Festival Escena Gualeguaychú II*). Participó en antologías poéticas y narrativas, nacionales e internacionales, en formato físico y virtual. Tiene una columna dominical en Máxima Online Gualeguaychú sobre *Política & Terraplanismo*. Participa en un micro televisivo llamado *Las palabras y los libros*. Durante el presente año publicará *La india que sostiene el candil*, novela histórica sobre Hernandarias.

AMÍLCAR PICCINI: (Gualeguaychú, 4/10/1994) Es abogado, recibido en la U.N.L.P., y escritor. Como tal ha recibido un premio internacional en el concurso organizado por Radio Lavapiés, Madrid, España, y participó en la antología *Aquí el tiempo es otro*, de *Hoja en Blanco Editorial*. En su relato *El vagabundo*, cedido para este libro, nos cuenta una experiencia como estudiante de abogacía en La Plata.

ISMAEL PRADEL: Gualeguaychuense, cursó el profesorado de Lengua y Literatura. Participó del taller de poesía “*Puro Verso*”, a cargo de Martín Pucheta. Junto con Melina Montenegro, Emilia Villalba y otros, fue miembro del grupo literario “*Eidos Melé*”, quienes participaron en la 2º Feria del Libro de Gualeguaychú, interviniendo en ponencias, talleres y presentaciones. También intervino en eventos literarios como el ENIE, en mesas de lectura como *Café Con Seres*, dirigido por Luis Luján, y en certámenes literarios tanto provinciales como nacionales. Forma parte del grupo literario *Las Curanderas*. Como hijo de Veterano de Malvi-

nas, Ismael nos dice: “Mi vida toca muy de cerca esta parte de la historia argentina que aún hoy se sigue rescatando del olvido.”

MARTÍN PUCHETA: Gualeguaychú, 1981. Ha publicado los siguientes poemarios: *Superjardín* (2010); *río raíz/podría haber sido un haikú* (2020), *Matota* (2022) y en formato micro *Aerolinda* (2017). Ha hecho circular en formato artesanal los inéditos *Sonajero de misterio: los tomuer* (2009), *Tocar de oído* (2015) y *Estudios del Cambio* (2017). Integró antologías *Felicidades también* (2005), fruto de un taller de poetas seleccionados por Diana Bellessi; *Última poesía argentina* (2008), *Poemas con famosos* (2010), *Antología Federal de Poesía* (2018), *Jardín -100 poemas sobre flores-* (2021) y *Las cenizas llegaron a mi patio -Una antología por los humedales del Paraná-*(2021) y otras más. Como músico, integró la banda *Arboreal* y, en 2022, formó *Sauce Thénon*. Es padre de Ariel y Fausto.

ERNESTO ENRIQUE SICHES: (Buenos Aires, 06/04/1954) Es padre de Luciana y Julieta. Estudió Arquitectura en la U.B.A., participó en los talleres y encuentros literarios de la profesora Susana Lizzi. Desde hace años, se encuentra abocado a la escritura de una novela histórica llamada *La memoria perdida*. Su poema *Objeción de conciencia*, es inédito para esta Antología.

FERNANDO DAVID TRONCOSO: (Gualeguaychú, 1962) Profesor de Geografía y Ciencias Biológicas, se desempeñó como

Profesor de Geografía y Ciencias Biológicas, se desempeñó como docente, preceptor, bibliotecario y vicerrector en distintos centros educativos. Se dedicó a la actividad gremial en AGMER y escribió artículos pedagógicos en el suplemento Enfoque Educativo, del diario El Día. Participa en el taller literario que dicta Susana Lizzi. En 2021, publicó su libro de relatos *La planta infernal*.

VICTORIA (VIQUI) VERONESI: (Pozo del Tigre, Formosa, 1979) Estudió Ciencia de la Educación y Psicología Social. Actualmente vive en Pueblo Belgrano. Es docente, poeta, apicultora y participa en el grupo literario *Las curanderas*. Su cuento *Lunita pequeña* integra el libro *Antiprincesas de Plaza de Mayo* (2017, Editorial Chirimbote). Este año, la Editorial Palo Santo publicó su poemario *Aterrizaje de emergencia. La boca sembrada*

MARÍA EMILIA VILLALBA: (Gualectuaychú, 1988). Es madre de una niña y profesora de Lengua y Literatura en nivel secundario y terciario. Ha formado parte de diversos talleres de escritura y en algunas actividades culturales que se han propuesto en la ciudad. Algunos de sus poemas fueron publicados en el suplemento literario de Análisis digital: revista “*Entre versos*” coordinada por Belén Zavallo. También forma parte de la antología entrerriana *Campo*, dirigida por Ferny Kosiak. Su primer libro de poesía se llama *En el corazón del patio* (2021, Editorial Palo Santo).

Esta ANTOLOGÍA DE LA CIUDAD/2820 es apenas una pequeña muestra de la enorme producción literaria de Gualeguaychú. Aquí está parte de la historia, el paisaje, las luchas, las mujeres y hombres que dejan muestras de su oficio en las letras.

La Ciudad/2820 es inquieta, creativa, vital y, en estas páginas, está claramente reflejado.

José Luis Pereyra



Rodolfo A. Garcia
EDITORA

ISBN 978-987-48801-1-6



9 789874 880116